

LA IGLESIA EN LA CIUDAD



PLAN DE EVANGELIZACIÓN
ARQUIDIÓCESIS DE BOGOTÁ



www.planebogota.com



Plan E Arquidiócesis de Bogotá



@PlanE_Bogota

RETIRO KERIGMÁTICO

GUÍA PARA LOS ACOMPAÑANTES



ARQUIDIÓCESIS DE BOGOTÁ

PROYECTO
COMUNIDADES ECLESIALES
QUE SE REENCUENTRAN CON JESUCRISTO

RETIRO KERIGMÁTICO

GUÍA PARA LOS ACOMPAÑANTES



ARQUIDIOCESIS DE BOGOTÁ



© Arquidiócesis de Bogotá, 2017
Plan de Evangelización

RETIRO KERIGMÁTICO
GUÍA PARA LOS ACOMPAÑANTES

Texto:
Vicaría de Evangelización
Arquidiócesis de Bogotá

Diseño y diagramación de contenidos:
Editorial Carrera 7 S.A.S.

Impresión:
Editorial Carrera 7 S.A.S.

Bogotá D.C., Colombia
Enero de 2017

PRESENTACIÓN Y ORIENTACIÓN GENERAL

El «nuevo rumbo» que hemos emprendido en la Arquidiócesis consiste fundamentalmente en la transformación misionera de nuestra Iglesia, a partir de la renovación de nuestra adhesión a Jesucristo y a su proyecto del Reino. Por eso, el primero de los diez proyectos fundamentales lleva por título: «comunidades eclesiales que se reencuentran con Jesucristo». La razón es clara: si queremos la transformación misionera de la Arquidiócesis, es necesario comenzar por quienes ya estamos comprometidos con la vida de nuestra Iglesia, pues somos nosotros quienes debemos llevar adelante estos proyectos y atraer a otros con la claridad de nuestro testimonio hacia Jesucristo.

Para implementar este proyecto se ha propuesto que durante el 2017 los animadores de la Arquidiócesis participemos en un proceso de anuncio kerigmático, destinado justamente a favorecer la renovación de nuestra fe en el Señor Jesucristo.

En el primer momento de este itinerario todos los animadores vamos a participar en un retiro kerigmático de dos días que se habrá de realizar durante la cuaresma y las primeras semanas de pascua¹. El retiro será impartido en todas las parroquias de la Arquidiócesis, en todas las capellanías, en los movimientos, y, en la medida de lo posible, en las comunidades religiosas que tienen casas en la Arquidiócesis.

Para facilitar la realización de este retiro publicamos este folleto que contiene el horario del retiro, el desarrollo de las charlas, las pautas de oración personal, las pautas para las puestas en común, las guías para una celebración penitencial y para otro

¹ Se aconseja realizarlo donde sea posible en un mismo fin de semana. Si por razones prácticas no es posible hacerlo así, se sugiere que se realice en dos sábados consecutivos.

momento de oración comunitaria.

Cada uno de las personas encargadas de dar las charlas, guardando el respeto por los contenidos fundamentales aquí propuestos, les dará su impronta personal y las enriquecerá con su estilo propio. Agradezco, eso sí, que la duración de dos días y el horario señalado se respeten y que cada párroco o capellán se empeñe en preparar cuidadosamente todo lo necesario para la buena marcha del retiro.

Asimismo, un grupo de servidores del primer anuncio que se ha ido conformando y preparando, estará a disposición de los párrocos para auxiliarlos en la realización del retiro².

El responsable primero de la realización del retiro es el párroco, pero él podrá contar con la ayuda, sea para algunas de las charlas, sea para los testimonios de laicos de su parroquia o de los servidores del primer anuncio que le sean asignados, quienes colaboraran también con toda la logística del retiro.

Es importante prever el remplazo de los animadores durante el fin de semana en el que tenga lugar el retiro e informar oportunamente a la comunidad, entre otras cosas, para que ore por el fruto de este retiro.

Agradezco de antemano a todos su contribución generosa para que el itinerario kerigmático que emprendemos produzca frutos abundantes en favor de la transformación misionera de nuestra Iglesia arquidiocesana.

+ Pedro Manuel Salamanca Mantilla

Obispo auxiliar
Vicario de evangelización

² Trabajadores de las vicarías episcopales se pondrán en contacto con los párrocos para informarles acerca de los servidores del primer anuncio que se han preparado para ayudarlos en el desarrollo del retiro.

HORARIO

Sábado

- 8.30 a.m. Charla introductoria (45 minutos)
9.15 a.m. Oración personal (45 minutos)
10.00 a.m. Puesta en común (30 minutos)
10.30 a.m. Refrigerio
10.45 a.m. Charla No. 1: La sed de Jesús y mi sed (45 minutos)
11.30 a.m. Oración personal (45 minutos)
12.15 p.m. Almuerzo
1.30 p.m. Charla No. 2: El plan de Dios sobre el ser humano (45 minutos)
2.15 p.m. Oración personal (45 minutos)
3.00 p.m. Charla No. 3: El pecado (45 minutos)
3.45 p.m. Examen de conciencia (45 minutos)
4.30 p.m. Celebración penitencial: El Padre misericordioso
5.30 p.m. Salida

Domingo (o segundo sábado)

- 8.30 a.m. Charla No. 4: El anuncio del Reino y el llamamiento a la conversión y a creer en la Buena Noticia (45 minutos)
9.15 a.m. Oración personal (45 minutos)
10.00 a.m. Refrigerio
10.15 a.m. Charla No. 5: El corazón del Kerigma. La Pascua de Jesús, Él está vivo y nos salva. (45 minutos)
11.00 a.m. Oración personal (45 minutos)
11.45 a.m. Puesta en común (30 minutos)
12.15 p.m. Testimonio (15 minutos)
12.30 p.m. Almuerzo
1.30 p.m. Charla No. 6: La vida nueva en el Espíritu (45 minutos)
2.15 p.m. Oración guiada (30 minutos)
2.45 p.m. Testimonio (15 minutos)
3.00 p.m. Video síntesis con base en el tapiz de la misericordia³
4.00 p.m. Eucaristía de clausura.

³ Este video será entregado a cada párroco por los servidores del primer anuncio asignados a su parroquia. Está inspirado en la presentación que hizo el Padre Morlans al final del curso sobre el primer anuncio.

CHARLA INTRODUCTORIA

En el contexto del «nuevo rumbo» de nuestra Arquidiócesis

El pasado 20 de noviembre dimos inicio a la segunda etapa de la puesta en marcha de nuestro Plan de evangelización.

Durante esta etapa todos los bautizados, pero de manera especial quienes ya se han vinculado a las comunidades de formación y a los diversos servicios en nuestras comunidades, vamos a estar comprometidos en la transformación misionera de nuestra Iglesia, a partir de la renovación de nuestra adhesión al Señor Jesucristo y a su proyecto del Reino y de una opción muy clara por la misión.

Si queremos que nuestra Iglesia anuncie de manera dialogante, profética y propositiva al Señor Jesucristo y contribuya mejor a la construcción de una ciudad más conforme al querer de Dios, debemos comenzar por renovar la fe de quienes somos enviados a evangelizar.

Además, durante el proceso de elaboración del Plan, se detectó como problema focal de la vida de la Arquidiócesis la débil adhesión al Señor Jesucristo y a su proyecto del Reino.

Por eso, hemos sido convocados junto con todos los animadores de la evangelización en la Arquidiócesis a realizar un retiro kerigmático, esto es, un retiro destinado a suscitar en todos un interés renovado por Jesucristo y a revitalizar nuestra fe en Él, a partir del anuncio del amor misericordioso de Dios revelado en Jesucristo, verdadero núcleo del Evangelio.

Todos nosotros debemos renovar de manera permanente nuestra fe en el Señor Jesucristo. Ninguno puede decir que ya conoce totalmente a Jesucristo o que no necesita convertirse más a Dios. Si en el plano de las relaciones humanas, nunca terminamos de conocer a los demás, porque cada persona posee una riqueza inagotable, mucho menos podemos dar por terminada la tarea de conocer al Señor, misterio profundísimo de luz, de verdad, de belleza y de amor. Pero, además, no se trata sola-

mente de conocer al Señor, sino de seguirlo y de amarlo. Y, una vez más ¿quién puede decir que ya sigue y ama totalmente al Señor?

Además, si somos honestos, debemos reconocer que muchas veces nos apartamos del Señor por nuestro pecado, que muchas veces no cultivamos suficientemente nuestra relación con Cristo mediante la oración perseverante, que caemos en el gris pragmatismo de la cotidianidad que nos lleva a no optar en nuestra vida de cada día por Cristo y por los criterios del Evangelio, sino a acomodarnos a criterios mundanos, contrastantes con el Evangelio. Entonces, la generosidad entusiasta, que debe caracterizar la fe verdadera en el Señor, se convierte en mezquindad.

Ahora bien, para renovar nuestra adhesión al Señor Jesucristo es necesario encontrarnos con Él. Ese será el propósito fundamental de este retiro. Que nos encontremos con Cristo y que la alegría y la fuerza de este encuentro nos concedan la gracia de conocerlo más, de seguirlo más de cerca y de amarlo más todavía.

Recordemos la invitación apremiante que el papa Francisco nos hacía en la *Evangelii Gaudium*:

Invito a cada cristiano, en cualquier lugar y situación en que se encuentre, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso. No hay razón para que alguien piense que esta invitación no es para él, porque «nadie queda excluido de la alegría reportada por el Señor». Al que arriesga, el Señor no lo defrauda, y cuando alguien da un pequeño paso hacia Jesús, descubre que Él ya esperaba su llegada con los brazos abiertos. Éste es el momento para decirle a Jesucristo: «Señor, me he dejado engañar, de mil maneras escapé de tu amor, pero aquí estoy otra vez para renovar mi alianza contigo. Te necesito. Rescátame de nuevo, Señor, acéptame una vez

más entre tus brazos redentores». ¡Nos hace tanto bien volver a Él cuando nos hemos perdido! Insisto una vez más: Dios no se cansa nunca de perdonar, somos nosotros los que nos cansamos de acudir a su misericordia. Aquel que nos invitó a perdonar «setenta veces siete» (Mt 18,22) nos da ejemplo: Él perdona setenta veces siete. Nos vuelve a cargar sobre sus hombros una y otra vez. Nadie podrá quitarnos la dignidad que nos otorga este amor infinito e inquebrantable. Él nos permite levantar la cabeza y volver a empezar, con una ternura que nunca nos desilusiona y que siempre puede devolvernos la alegría. No huyamos de la resurrección de Jesús, nunca nos declaremos muertos, pase lo que pase. ¡Que nada pueda más que su vida que nos lanza hacia adelante! (EG 3)

Esta invitación al encuentro nos recuerda cosas fundamentales:

- En primer lugar, que el encuentro con Cristo es siempre una gracia y fruto de la iniciativa del Padre y del mismo Jesús. «Cuando alguien da un pequeño paso hacia Jesús descubre que Él ya lo esperaba con los brazos abiertos»
- En segundo lugar, que la invitación es para todos, cualquiera sea la situación en la que nos encontremos o lo mucho que nos hayamos apartado de Él: «Dios no se cansa nunca de perdonar, somos nosotros los que nos cansamos de pedir perdón». Por lo tanto, «nunca nos declaremos muertos», ni «huyamos de la resurrección de Jesús».

El retiro como camino para encontrarnos con Jesucristo

Para favorecer la renovación de nuestro encuentro personal con Jesucristo, todos los animadores de la evangelización vamos a hacer un retiro kerigmático, esto es, un retiro en el que oigamos de nuevo con vigor el gozoso anuncio de nuestra salvación en Jesucristo y en el que nos sintamos todos llamados a creer en la Buena Noticia y a convertirnos de corazón.

¿Cómo nos vamos a encontrar con Cristo durante estos días?

Mediante:

- La escucha de la Palabra de Dios, palabra «ungida» por el poder del Espíritu y que tiene la fuerza necesaria para hacernos presente al Señor y tocar nuestros corazones.
- Los testimonios que escucharemos
- La oración personal y comunitaria
- El compartir fraternal
- La penitencia y la Eucaristía

Lo propio de un retiro espiritual radica en que nos dedicamos de manera singularmente intensa a la oración, en medio de un clima de recogimiento y serenidad. Por eso, los invito a que nos demos la oportunidad de desconectarnos de tantos ruidos que nos mantienen como adormecidos para escuchar la voz del Señor y a que procuremos entre todos crear un clima de silencio.

Hay otros encuentros en la vida de nuestra comunidad en los que el acento está más puesto en el compartir fraterno, o en el estudio del algún tema. Aquí estamos ante todo para escuchar la Palabra del Señor y para orar.

A veces la dificultad para hacer silencio puede radicar en que como Adán y Eva en el paraíso después de la caída, no siempre queremos encontrar con el Señor porque no estamos tan sinceramente disponibles para que Él nos transforme con su gracia y su Palabra. Entonces los ruidos (las conversaciones intrascendentes, el estar en línea, etc.) se convierten en los matorrales tras los cuales nos escondemos de la presencia del Señor que siempre nos busca.

Seamos hoy conscientes de que lo que está en juego no es sólo nuestra fidelidad personal al Señor sino la transformación misionera de la Arquidiócesis y, por lo tanto, la vida de tantas personas que necesitan de la luz, la fuerza y la alegría del Evangelio

en sus vidas.

Si nos abrimos a la Palabra de Cristo y a la acción de su Espíritu recogeremos frutos abundantes para nuestro bien personal y el de la Iglesia:

- La alegría y la paz que sólo Jesucristo nos puede dar: «Les he dicho todo esto para que mi alegría esté en ustedes» (Jn 15,11)
- Mayor unidad y orden en nuestra vida. Todas las dimensiones de nuestro ser confluirán de manera más armónica hacia el fin para el cual hemos sido creados con Dios.
- Deseo acrecido de dar testimonio de Cristo.
- Mayor fecundidad en nuestra misión evangelizadora.

Canto de transición hacia la oración: Aquí estoy Señor-Nana Angarita u otro indicado (bien sea grabado o en video o mejor todavía interpretado en vivo y cantado por todos)

Pautas para la oración personal

Leer, reflexionar y orar el texto del papa Francisco:

Invito a cada cristiano, en cualquier lugar y situación en que se encuentre, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso. No hay razón para que alguien piense que esta invitación no es para él, porque «nadie queda excluido de la alegría reportada por el Señor». Al que arriesga, el Señor no lo defrauda, y cuando alguien da un pequeño paso hacia Jesús, descubre que Él ya esperaba su llegada con los brazos abiertos. Éste es el momento para decirle a Jesucristo: «Señor, me he dejado engañar, de mil maneras escapé de tu amor, pero aquí estoy otra vez para renovar mi alianza contigo. Te necesito. Rescátame de nuevo, Señor, acéptame una vez más entre tus brazos redentores». ¡Nos



hace tanto bien volver a Él cuando nos hemos perdido! Insisto una vez más: Dios no se cansa nunca de perdonar, somos nosotros los que nos cansamos de acudir a su misericordia. Aquel que nos invitó a perdonar «setenta veces siete» (Mt 18,22) nos da ejemplo: Él perdona setenta veces siete. Nos vuelve a cargar sobre sus hombros una y otra vez. Nadie podrá quitarnos la dignidad que nos otorga este amor infinito e inquebrantable. Él nos permite levantar la cabeza y volver a empezar, con una ternura que nunca nos desilusiona y que siempre puede devolvernos la alegría. No huyamos de la resurrección de Jesús, nunca nos declaremos muertos, pase lo que pase. ¡Que nada pueda más que su vida que nos lanza hacia adelante! (EG 1).

Reflexionar a partir de las siguientes preguntas

- ¿En qué situación espiritual llego a este retiro?
- ¿Qué gracia quisiera alcanzar en él? Escribirla
- ¿Qué me preocupa?

Abandonar en las manos del Señor aquello que pudiera dificultarme ingresar en el ambiente propio del retiro.

Puesta en común

A partir de las siguientes preguntas:

- ¿Qué sentimos cuando se nos dice que nuestra Iglesia va a entrar en un nuevo rumbo caracterizado por su transformación misionera?
- ¿Qué me tocó más de la invitación del Papa Francisco?
- ¿Qué nos puede ayudar a vivir mejor este retiro?



CHARLA No. 1: LA SED DE JESUS Y MI SED

Hemos dicho en la primera charla que las actividades de primer anuncio proponen el núcleo o el corazón del mensaje evangélico con el ánimo de llamarnos a la conversión y a la fe en la Buena Nueva. Ese núcleo, lo sabemos, es el amor salvador de Dios manifestado en Jesucristo, en su vida, en su enseñanza y en su Pascua.

Sin embargo, debemos guardarnos de pensar que es suficiente con repetir una fórmula o un discurso, así sea inspirado en los primeros discursos kerigmáticos que encontramos consignados en los Hechos de los apóstoles.

El anuncio de la Buena Nueva no puede caer de lo alto como un meteorito, sin tener en cuenta las condiciones de nuestros interlocutores y al margen de una relación humana auténtica y de un verdadero diálogo con ellos.

El contexto en el que normalmente debe realizarse es el de una relación humana auténtica y el de un diálogo sincero.

Por eso con esta primera meditación queremos ahondar en aquello que habita nuestro corazón, en nuestros deseos y en nuestro anhelo profundo. Hay cierta continuidad entre el movimiento de nuestro corazón, entre aquello que podríamos llamar nuestro éxodo hacia Dios y el advenimiento de Dios hacia nosotros.

Vamos a iniciar este retiro kerigmático con un texto que es un ejemplo estupendo de diálogo evangelizador, pero no con la intención de un aprendizaje simplemente ordenado a nuestro quehacer como mensajeros del kerigma, sino de introducirnos en ese diálogo para que el mismo Señor nos anuncie hoy de nuevo el kerigma.

Lectura del pasaje del encuentro de Jesús con la mujer samaritana (Jn 4, 5-20):

Llegó a un pueblo de Samaría llamado Sicar, cerca de la heredad que Jacob legó a su hijo José. Allí estaba el

pozo de Jacob. Jesús, estaba cansado de tanto andar, se había sentado junto al pozo, Era alrededor de la hora sexta. Llegó entonces una mujer de Samaría a sacar agua. Jesús le dijo: «Dame de beber» (Sus discípulos se habían ido al pueblo a comprar comida). La samaritana le respondió: «¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy una mujer de Samaría?» (Es que los judíos no se tratan con los samaritanos).

«Si conocieras el don de Dios y supieras quién es el que te dice 'Dame de beber', tú se lo habrías pedido a él, y él te habría dado agua viva».

Contestó la mujer: «Señor, el pozo es hondo y no tienes con qué sacarla; ¿cómo más que nuestro padre Jacob, que nos dio el pozo, del que bebieron él, sus hijos y sus ganados?». Jesús

le respondió: «Todo el que beba de esta agua volverá a tener sed; pero el que beba del agua que yo le dé no tendrá sed jamás, pues el agua que yo le dé se convertirá en él en fuente de agua que brota para vida eterna».

Le dijo la mujer: «Señor, dame de esa agua, para no volver a tener sed y no tener que venir aquí a sacarla». Él le contestó: «Vete, llama a tu marido y vuelva acá». La mujer le dijo: «No tengo marido», Jesús le respondió: «Bien has dicho que no tienes marido, porque has tenido cinco y el que ahora tienes no es marido tuyo. En eso has dicho la verdad». La mujer replicó: «Señor, veo que eres un profeta. Nuestros padres adoraron en este monte, pero vosotros decís que el lugar donde se debe adorar es Jerusalén». Jn 4, 5-20.



La sed de Jesús

La escena tiene un carácter bastante singular. No era común que un hombre hablara con una mujer y menos si esta era samaritana.

Como judío Jesús pide de beber a una persona de raza enemiga: los samaritanos.

Como hombre se muestra débil y necesitado ante una mujer. Pide de beber sin tener un cubo para sacar el agua del pozo.

De manera semejante hoy el Señor, a través de la proclamación de esta lectura, te pide a ti que le dediques tiempo durante estos días de retiro, que le prestes tu atención, que le demos un poco del agua de nuestra escucha.

Es el misterio conmovedor que celebramos en navidad. Un Dios que se hace pequeño para mostrarnos su amor y convidarnos a corresponder a su amor, un Dios que se pone en nuestras manos, así como estuvo en el regazo de la Virgen María.

Jesús tiene sed de nuestro amor. «Tengo sed» dirá sobre la cruz. «Sed de ti», dice la madre Teresa de Calcuta.

Dios Padre envió a su Hijo para saciar nuestra sed de vida eterna, dándonos su amor, pero para ofrecernos este don Jesús requiere de nuestra fe y de nuestro amor.

Jesús tiene sed de nuestro amor porque nos ama y quiere que en su amor encontremos la fuente de la felicidad y la plenitud de la vida. Él espera que le demos de beber.

Muchas veces pensamos en nuestra propia esperanza. No en la de Dios. No en la de Jesús. Él espera que nos volvamos a Él, que le entreguemos nuestra vida. Él nos está esperando: «Dios nos ama, pero espera que también nosotros lo amemos», decía Benedicto XVI en su última catequesis. Y en una homilía del adviento anterior afirmó:

«Mi esperanza, nuestra esperanza, está precedida por la espera que Dios cultiva con respecto a nosotros. Sí, Dios

nos ama y precisamente por eso espera que volvamos a él, que abramos nuestro corazón a su amor, que pongamos nuestra mano en la suya y recordemos que somos sus hijos. Esta espera de Dios precede siempre a nuestra esperanza, exactamente como su amor nos abraza siempre primero».

Nuestra sed

Pero no sólo Jesús tiene sed, todos tenemos sed. Sed de afecto, de reconocimiento, de éxito.

«El que beba del agua que yo le daré –dice Jesús–, nunca más volverá a tener sed. El agua que yo le daré se convertirá en él en manantial que brotará hasta la Vida eterna» (Jn 4,14).

Esta agua representa al Espíritu Santo, el «don» por excelencia que Jesús vino a traer de parte de Dios Padre. Quien renace en el agua y el Espíritu Santo, es decir, en el Bautismo, entra en una relación real con Dios, una relación filial, y puede adorarle «en espíritu y verdad» (Jn 4,23.24). Gracias al encuentro con Jesucristo y al don del Espíritu Santo, la fe del hombre llega a su cumplimiento, como respuesta a la plenitud de la revelación de Dios.

La fe cristiana nos plantea que el ser humano está habitado por el deseo de infinito, de amor, de verdad y de belleza sin medida. Esa es la causa de la permanente insatisfacción del ser humano. Siempre queremos más, siempre buscamos más. Ningún amor nos llena totalmente, ningún hallazgo en el orden del conocimiento nos satisface, ningún objeto por bello que sea colma totalmente nuestro anhelo de belleza.

A veces no sabemos muy bien de qué tenemos sed. A veces sólo tenemos sed de nosotros mismos. Es el riesgo del narcisismo en nuestra vida.

A veces pretendemos saciar nuestra sed en el poder, en la riqueza, en los placeres mundanos. Cuando esto sucede la insatisfacción humana se vuelve obsesión, consumo compulsivo

de televisión o de internet, codicia de todo tipo de bienes y esto con tal fuerza que si otro pretende lo mismo que nosotros, lo hacemos objeto de violencia.

La samaritana tenía sed de afecto y buscó saciarla en el afecto de muchos hombres. Poco a poco, a través del diálogo, Jesús le ayuda a reconocer que lo terreno no es suficiente para saciar el corazón humano y la abre a la realidad de lo único que puede saciar su alma y darle paz: «Si conocieras el don de Dios» (Jn 4,10).

Si nos diéramos la oportunidad de acoger el poder transformador del Espíritu Santo en nuestras vidas, entonces comenzaríamos a encontrar la paz y el sosiego que sólo Dios nos puede dar.

Jesús es el maestro del deseo. Él nos enseña a desear según la medida de nuestra naturaleza. El problema de la vida espiritual no es desear demasiado, sino desear poco, contentarnos con poco.

A veces puede parecernos que Dios no nos da el agua que necesitamos. Así como el Pueblo de Israel que sufre en el desierto por falta de agua y presa del desaliento reacciona de modo violento. Llega a rebelarse contra Moisés. Llega casi a rebelarse contra Dios. El autor sagrado narra esto así: «¿Está o no está el Señor en medio de nosotros?» (Ex 17,20). El Pueblo exige a Dios que salga al encuentro de sus expectativas y exigencias, más bien que abandonarse confiado entre sus manos y en la prueba pierde la confianza en él.

Cuántas veces esto sucede también en nuestras vidas. En cuántas ocasiones más que conformarnos dócilmente a la voluntad divina, quisiéramos que Dios realizara nuestros designios y colmara nuestras expectativas.

Todo esto puede sonarnos un poco obvio a nosotros animadores de la evangelización que por gracia de Dios nos hemos ido vinculando a la vida de la Iglesia y prestamos servicios en ella.

Pero ¿realmente hemos conocido el don de Dios, hemos hecho experiencia de la plenitud de paz y de alegría que el Señor le ha prometido a los suyos?

¿Hemos sabido mantener esa paz, la paz con la que nos saludó el obispo el día de nuestra confirmación? ¿Eso se manifiesta, por ejemplo, en que vivimos de manera desinteresada y sin afán de protagonismos o de dominación nuestro servicio en la Iglesia?

Mantenemos vivo el estupor, el reconocimiento agradecido, la devoción frente al don de Dios. O ¿nos hemos acostumbrado al misterio de Dios, a la grandeza infinita de su amor? ¿A trajinar un poco con las cosas de Dios y con la Iglesia?

¿Seguimos siendo verdaderos buscadores de Dios? ¿O hemos caído presa del activismo? Es decir, de una actividad que no brota suficientemente del encuentro con Dios

Buscamos saciar nuestra sed en la toma de conciencia cada vez más profunda del amor de Dios o hemos caído en una cierta pereza espiritual. Es tan fácil dejar de orar...

¿Hemos abandonado al Señor para saciar nuestra sed en las aguas vivas del amor del Señor, para buscar saciarnos en aguas estancadas?

¿Hemos cedido al gris pragmatismo de la vida cotidiana?

¿Hemos cedido al pesimismo y a la amargura frente a la Iglesia, frente a los pastores, frente a las personas concretas que nos rodean? Si conocieras el don de Dios nos dice Jesús no sólo con relación al don de su Espíritu, sino también en relación con todo lo que dispone para nosotros en la Iglesia y en nuestro mundo para unirnos a Él: personas, comunidades, mediaciones, etc.

Estamos acaso en situación de rebelión porque nos ha sobrevenido una cruz inesperada, una enfermedad, la pérdida de un ser querido, una calumnia, etc.

Acabamos de oírlo: «El que beba del agua que yo daré nunca más tendrá sed: el agua que yo daré se convertirá dentro de Él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna» (Jn 4, 14).

Una esperanza que va más allá de este mundo. La grandeza de un ser humano se mide por lo que espera y de quien lo espera. No nos contentemos con poco. Hemos sido creados para lo grande, para lo bello y noble, para el infinito.

Somos mensajeros de esta esperanza, de la única noticia capaz de responder a todos los problemas, búsquedas y aspiraciones del ser humano.

Canto de transición hacia la oración: La Samaritana- canta Hermana Sandra Madrid u otro semejante.



Pautas para la oración personal

Mi sed. Reflexionar sobre estas preguntas:

- ¿Cuál es la sed que me habita en este momento de mi vida?
- ¿Cuáles son las aguas en las que estoy intentando apagar mi sed?
- ¿Cuáles son mis insatisfacciones profundas? ¿En qué me parece sentir que Dios no me está dando el agua que necesito?

La sed de Jesús

Meditar pausadamente los fragmentos de una oración de la madre Teresa de Calcuta (Esta en el Cuaderno del ejercitante)

CHARLA No. 2: EL PLAN DE DIOS SOBRE EL SER HUMANO

Nuestra fe cristiana nos enseña que el universo en el que vivimos no es fruto del azar, sino de la decisión amorosa de Dios de llamar a la existencia a diversidad de seres y al ser humano para hacerlo participar del gozo de la comunión, es decir, del gozo del amor de entrega y de donación recíprocas que existe desde la eternidad entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

«Hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios». Esto significa que por voluntad de Dios hay un cierto parecido entre Dios y nosotros. ¿En que radica fundamentalmente ese parecido?

En dos cosas fundamentalmente: En que Dios nos creó para amar y en que sólo Dios mismo llena plenamente nuestro corazón. Por eso, como dice San Agustín, nuestro corazón está inquieto hasta que no descansa en Él.

Dios nos hizo inteligentes para que conociéramos el universo, nos conociéramos y llegáramos a conocerlo a Él que es la misma verdad.

Nos hizo libres para que nos orientáramos hacia el bien no forzados, sino atraídos por él y para que disfrutáramos de Él que es el bien sobre todo bien.

Nos hizo capaces de percibir la belleza para que contempláramos la belleza de las criaturas y para que veamos reflejada en ellas, su indecible belleza.

Si vamos al Nuevo Testamento encontramos que en último término Dios nos creó en Cristo y para Cristo y que, por lo tanto, Jesucristo resucitado es el modelo del ser humano perfecto, del ser humano soñado por Dios.

Si nos remontamos a las primeras páginas de la Biblia, al libro del Génesis, podríamos decir que allí se nos muestra cómo el ser humano existe para relacionarse.

Leamos algunos de los apartes de uno de los relatos de la creación que encontramos en el Génesis, capítulo 2:

Cuando el Señor hizo la tierra y el cielo, no había todavía en la tierra ningún arbusto ni brotaba hierba en el campo, porque el Señor Dios no había creado aun la lluvia sobre la tierra ni existía nadie que cultivara el suelo; sin embargo, un manantial brotaba de la tierra y regaba la superficie del suelo. Entonces el Señor Dios formó al hombre del polvo de la tierra, sopló sobre su nariz un aliento de vida y el hombre fue un ser viviente (...). El Señor Dios plantó un huerto en el Edén y en él puso al hombre que había formado. El Señor hizo brotar del suelo toda suerte de árboles hermosos de ver, y buenos para comer, así como el árbol de la vida en medio del huerto y el árbol del conocimiento del bien y del mal. Entonces el Señor Dios tomó al hombre y lo puso en el huerto del Edén para que lo cultivara y lo guardará y dio al hombre este mandato: Puedes comer de todos los árboles del huerto, pero no comas del árbol del conocimiento del bien y del mal, porque si comes morirás irremediamente.

Después el Señor pensó. No es bueno que el hombre esté solo, voy a proporcionarle una ayuda adecuada. Entonces el Señor Dios formó de la tierra toda clase de animales del campo y aves del cielo y se los presentó al hombre para ver como los iba a llamar, porque todos los seres vivos llevarían el nombre que él les diera. Y el hombre fue poniendo nombre a todos los ganados, a todas las aves del cielo y a todas las bestias salvajes, pero no encontró una ayuda adecuada para sí. Entonces el Señor Dios hizo caer al hombre un sueño profundo y, mientras dormía, le sacó una costilla y llenó el hueco con carne. Después de la costilla que había sacado al hombre, el Señor Dios formó una mujer y se la presentó al hombre. Entonces este exclamó:

Ahora sí: esta si es hueso de mi huesos y carne de mi carne; por eso se llamará «mujer», porque ha sido sacada de varón.

Por esta razón, deja el hombre a su padre y a su madre y se une a su mujer, y los dos se hacen uno solo.

Estaban ambos desnudos, pero no sentían vergüenza uno del otro.

Antes de destacar las relaciones que aquí aparecen indicadas, vale la pena señalar que este relato no pretende ser un relato científico sobre el origen del mundo que reñiría con las descripciones de los primeros instantes de la expansión del universo o con la historia natural, sino que es una narración redactada por los sabios de Israel que busca dar un mensaje acerca del origen trascendente del mundo, de su sentido y muy particularmente del sentido de la vida del hombre en esta tierra.

En el relato aparecen tres relaciones fundamentales para el ser humano:

- **La relación con Dios.** Él es el creador. Él le confiere al hombre el ser y la vida. Pero además le infunde su propio Espíritu. Lo hace entonces partícipe de su misma vida. El primer relato de la creación (Gn1) indica, a su vez, que el ser humano fue creado a imagen y semejanza de Dios.

Esta singular condición lo hace destinatario de un especial cuidado amoroso por parte de Dios, quien se ocupa del él, como aparecerá unos versículos más adelante, cuando se nos narra que Dios buscaba a Adán y Eva quienes, después de haber pecado, se escondían de Él. En el Nuevo Testamento se nos dirá con claridad que esta vocación es tan profunda que se orientaba desde siempre a hacer de nosotros hijos de Dios en el Hijo, Jesucristo.

Fuimos sacados del barro y se infundió sobre nosotros el aliento divino, esto significa que estamos emparentados

con la tierra y con Dios. Que somos criaturas y, al mismo tiempo, más que criaturas por nuestra vocación a una relación de amor y de amistad con el Creador.

- **La relación con sus semejantes.** Hay en el texto una afirmación divina de gran importancia: «No es bueno que el hombre esté solo». El ser humano que ha sido creado para la amistad con Dios es un ser abierto, un ser social y necesita para realizar su apertura a la relación de una criatura que le sirva de verdadera compañera, de una criatura que fuera de su misma dignidad y, al mismo tiempo, fuera diversa del él, para que se pudieran servir mutuamente de complemento y ayuda.

Así pues, la pareja humana es la figura por excelencia del carácter comunitario de la existencia humana. No hemos sido creados para replegarnos sobre nosotros mismos o para una relación intimista con Dios, sino para el diálogo con los demás, para recibir y para dar, para entregarnos y, por lo tanto, para caminar juntos hacia Dios.

- **La relación con la creación.** Llama la atención cómo este relato le da una importancia muy grande a la casa que Dios dispone para el hombre, que aquí recibe el nombre del jardín del Edén. Dios pone al hombre en medio de este jardín para que lo cultive y lo cuide y para que disfrute de las criaturas que lo componen. El papa Francisco en su encíclica sobre el cuidado de la casa común nos ha recordado cómo es responsabilidad de todos cuidar de este mundo y hacer de él un entorno apto para que el ser humano viva feliz en él. El hecho de que el ser humano tenga la tarea de poner un nombre a las criaturas indica su responsabilidad respecto de ellas, pero también que el ser humano debe servirse de ellas de tal manera que cuidándolas y respetándolas no termine por esclavizarse de ellas, pervirtiendo así el designio de Dios.

La fe en la creación es un mensaje que nos habla del amor y de la generosidad de Dios para con todos y para con cada uno de nosotros. El Señor no solamente creó al inicio, sino que sigue creando y nos sigue creando a cada instante. Si hoy estamos vivos y respiramos es en virtud del amor creador de Dios. Si hoy podemos contemplar la belleza de todo cuanto existe es porque Dios lo crea cada día para nosotros y nos dota de la facultad para percibir su belleza. Cuando entendemos que el universo inmenso y maravilloso es creación de Dios, entonces nos parece más bello todavía porque todo él se convierte en manifestación del amor de Dios. Además es un signo maravilloso de la bondad de Dios que nos haya dado semejantes a quienes debemos tanto y a quienes podemos amar.

Si esto es así, debemos vivir en continua acción de gracias por el don de la creación.

Por otra parte, la fe en la creación es un mensaje que nos debe llenar de esperanza y de confianza. Como dice el salmo 22: «el auxilio me viene del Señor que hizo el cielo y la tierra». Y aún frente a la muerte nada debemos temer, pues si Dios pudo sacar de la nada las criaturas, con cuanta mayor razón no podrá preservar a sus hijos a quienes ama de las fauces de la destrucción total.

Finalmente, la fe en la creación nos recuerda que somos criaturas. Que si bien es cierto, Dios al crearnos nos ha dado un ser propio y nos ha hecho libres, nosotros no somos dioses, sino criaturas y por eso debemos escuchar a Dios para descubrir el sentido de nuestra vida, para saber qué es lo que es lo recto y para mantenernos en el bien. Ese es justamente el sentido de la prescripción relativa al árbol de la ciencia del mal y del mal. No comerlo significa no tener la pretensión de determinar al margen de la escucha de Dios que es lo bueno y que es lo malo. El ser humano es libre y debe optar espontáneamente atraído por el bien, pero no puede determinar sólo que es lo que más le conviene, haciendo caso omiso de su Creador quien lo hizo sabiamente y por amor.

Canto de transición hacia la oración: *Tu mi alfarero- Hermana Glenda u otro semejante*



Pautas para la oración personal

Leer de manera orante el salmo 104 (103) (Esta en el Cuaderno del ejercitante)

Bendecir al Señor por su obra creadora. Tomar conciencia de todo lo que el Señor hoy sigue creando para mí, para la humanidad, y de los dones que hoy me está regalando al crearme y mantenerme en el ser y en la vida. Agradecer estos dones.

Reflexionar a partir de las siguientes preguntas:

- ¿Las relaciones son lo más importante en mi vida? ¿Por qué?
- ¿Cuáles de las tres relaciones fundamentales del ser humano, con Dios, con los demás y con la creación, estoy cultivando más? ¿Cuál menos? ¿Por qué?

CHARLA No. 3: EL PECADO

Hemos contemplado en la meditación anterior el designio amoroso de Dios sobre todo ser humano. Dios nos ha creado para hacernos partícipes del gozo de la comunión y para vivir en el amor a Dios, a nuestros semejantes y para que cuidáramos de la creación.

Además a nosotros, animadores de la evangelización, el Señor nos ha vinculado de manera particular a nuestras comunidades para que experimentemos la realidad del amor divino, reflejado en el amor de los hermanos y a nuestra vez, les transmitamos este mismo amor a nuestros compañeros y a cuantos se acercan a nuestras comunidades en búsqueda de escucha, de sentido y de amor.

La realidad misteriosa del pecado

Sin embargo, a veces preferimos replegarnos sobre nosotros mismos.

Dios nos ha llamado a realizar su proyecto de amor en nuestra condición humana.

Y eso significa, entre otras cosas, que junto con la libertad, las cualidades humanas y las gracias que nos ha conferido, debemos considerar y enfrentar la realidad del pecado si queremos ser fieles al plan de Dios.

Hemos sido llamados a amar, incluso a amar según la medida del amor de Cristo, pero desde nuestro corazón: un corazón que junto al amor del Señor y de los hermanos tiende a la búsqueda de sí mismo y a la posesión afanosa de cosas, personas y reconocimientos humanos.

Así, por ejemplo, podemos ser presa de ciertas tendencias que nos encierran en nosotros mismos, tendencias que pueden tener en su origen un dinamismo legítimo para enfrentar la realidad, pero que por el hecho de vivir de espaldas a Dios se convierten en fuerzas que nos hacen daño y nos apartan de los demás.

Así por ejemplo:

Hay personas que son presa de la ira. Desarrollan una sensibilidad muy fuerte frente al mal y la injusticia y quisieran que todo fuera perfecto y entonces terminan reaccionando de manera agresiva frente al mal, confundiendo muchas veces la maldad con las personas que lo cometen.

Hay personas que terminan siendo presa de la soberbia y el orgullo, creen que no necesitan ser amadas, que pueden sólo amar, pero en el fondo se debe a que sienten que no son dignas de ser amadas y, entonces, se escudan en decir que les basta darse y no recibir.

Hay personas que terminan siendo presa de la vanagloria, del afán de reconocimiento y aprobación, especialmente de los poderosos e importantes.

Hay personas que terminan siendo presa de la envidia, porque ven siempre lo que falta y no lo que tienen o se les ofrece.

Hay quienes terminan siendo presa de la codicia, porque quieren siempre tener más: dinero, bienes o conocimiento y quieren así asegurarlo todo.

Hay quienes terminan siendo presa de la cobardía, porque nunca se deciden y así el discernimiento necesario se convierte en parálisis.

Hay quienes quieren probarlo todo y terminan entonces en la superficialidad y en la gula que no es sólo de comida, sino de todo tipo de cosas y experiencias.

Hay quienes se vuelven dominantes porque quieren evitar a toda costa que algún maltrato que recibieron en el pasado vuelva a repetirse.

Hay quienes son perezosos y evitan el conflicto y prefieren a todo precio la calma.

Esta búsqueda de nosotros mismos y los apegos que ella gene-

ra ofrecen resistencia a la obra de la misericordia de Dios en nuestra vida y obstaculizan la comunicación de la vida, de la libertad y de la alegría del Resucitado.

Esta realidad del pecado es desde los orígenes una realidad misteriosa:

¿Cómo puede nacer el mal en el terreno sano del bien?
¿Cómo pudo el hombre dejar que naciera en su corazón la desconfianza respecto de su Creador? (Cf. Memoria e identidad. Conversaciones al filo de dos milenios. San Juan Pablo II).

Pero además el pecado es misterioso para cada uno de nosotros, pues nos resulta difícil conocer nuestro propio pecado. El Salmo 19,13 incluye una súplica que es muy significativa al respecto: «¡Absuélveme de las culpas que no veo!» Si bien es cierto, con frecuencia la conciencia nos recrimina tal o cual comportamiento contrario a la voluntad de Dios, no siempre nos es fácil confesar la multiplicidad de nuestros pecados, ni descubrir la raíz de la cual provienen.

Jesús no define el pecado en el Evangelio. Pero sus actitudes y sus palabras frente a esta realidad nos permiten adentrarnos en el conocimiento que Él tenía de esta realidad.

Así, por ejemplo, en Mt 15, 10-20: «No es lo que entra lo que contamina al hombre sino lo que sale de la boca, lo que viene del corazón». Esta era una sentencia escandalosa para el Antiguo Testamento. Jesús distingue así, por primera vez, entre pecados y pecado, entre los hechos pecaminosos y la raíz de la cual proceden y que actúa desde el interior del ser humano.

Sin duda, una de las descripciones más penetrantes en la realidad del pecado fue la que hizo San Pablo en el capítulo octavo de la Carta a los romanos:

«Realmente mi proceder no lo comprendo; pues no hago el bien que quiero, sino que hago lo que aborrezco. Y, si hago lo que no quiero, estoy de acuerdo con la Ley en

que es buena; en realidad, ya no soy yo quien obra, sino el pecado que habita en mí... ¡Pobre de mí! ¿Quién me librerá de este cuerpo que me lleva a la muerte? ¡Gracias sean dadas a Dios por Jesucristo, Nuestro Señor!» (Rom 8,15ss).

Pablo recoge aquí una experiencia universal: la incoherencia, la inconsistencia entre nuestros ideales y nuestra manera de obrar. Al mismo tiempo afirma que la causa de esa incoherencia está en la sujeción a un poder contrario al Espíritu de Dios que habita el corazón del hombre, el poder del pecado.

Después de la descripción de su división interior, la pregunta y la exclamación final abren a la esperanza: «¿Quién me librerá de este cuerpo que me lleva a la muerte? ¡Gracias sean dadas a Dios por Jesucristo!»

Aunque sabemos que hay una fuerza que desde dentro nos impulsa a contrariar nuestra vocación fundamental al amor, también sabemos que este poder no tiene un dominio absoluto sobre nosotros. Sabemos que en Jesucristo se nos ha dado aquello que necesitamos para crecer en la libertad y en la fidelidad a Dios.

En la Carta a los Romanos, Pablo también pone de relieve la relación existente entre el pecado y la muerte: «El salario del pecado es la muerte» (Rom 6, 23). Todos sabemos por experiencia cuán cierta es esta afirmación de Pablo. Detrás de las apariencias amables con las que a veces se presenta, todo pecado es portador de una dinámica de muerte. Aunque no se trate de la muerte física, el pecado mengua en nosotros la plenitud de la vida a la cual fuimos llamados desde el día de nuestro bautismo.

Los orígenes del pecado

La narración del primer pecado en el libro del Génesis nos ayuda descubrir cómo el espíritu del mal actúa para apartarnos del proyecto de Dios.

La serpiente era el más astuto de todos los animales que había hecho el Señor Dios. Fue y dijo a la mujer: «¿Así que Dios les dijo que no comieran de ninguno de los árboles del huerto?»

La mujer respondió a la serpiente: «Podemos comer del fruto de los árboles del huerto; sólo nos prohibió Dios, bajo amenaza de muerte, comer o tocar el fruto del árbol que está en medio del huerto».

La serpiente contestó a la mujer: «de ningún modo morirán! Lo que pasa es que Dios sabe que en el momento en que coman se les abrirán los ojos y serán como Dios, conocedores del bien y del mal».

Entonces la mujer se dio cuenta de que el árbol era bueno para comer, hermoso para la vista y deseable para adquirir sabiduría. Así que tomó de su fruto y comió. Entonces se le abrieron los ojos, se dieron cuenta de que estaban desnudos, entrelazaron hojas de parra y se taparon con ellas (Gn 3, 1-7).

El drama de los orígenes tuvo que ver con la pretensión del hombre de alcanzar por sí mismo la vida divina a la que había sido llamado, y esto, porque el tentador logró introducir en el corazón humano la desconfianza frente al designio amoroso de Dios Padre: «Replicó la serpiente a la mujer. Es que Dios sabe muy bien que el día en que comáis de él, se os abrirán los ojos y seréis como dioses, conocedores del bien y del mal» (Gn 3, 5).

El mecanismo empleado por la serpiente para introducir esta desconfianza consistió en hacer ver la libertad de obediencia en la cual vivían Adán y Eva como una privación del poder soberano sobre toda criatura: «¿Con que Dios os ha dicho que no comáis de ningún árbol del jardín?» (Gn 3,1). En realidad Dios sólo les había pedido que no comieran del árbol de la ciencia del bien y del mal. En este árbol y en esta orden hay un símbolo del orden moral que el ser humano debe respetar si quiere

disfrutar a plenitud de todo lo que Dios ha creado para él. Pero la serpiente pretende persuadir a Eva para que piense que este orden terminará por impedirles que disfruten de la vida.

En cierto sentido, el drama del hombre moderno no difiere mucho del de los orígenes: nos falta confianza en la misericordia de Dios, en la benevolencia de sus mandatos, en la verdad de su providencia, en la autenticidad de la mediación eclesial, en último término, en la promesa de la vida eterna para la cual fuimos creados.

Y entonces, alejados de Dios y de su amor, tomamos nuestra vida como si se tratara de un proyecto que cada uno tiene que inventar, sin escuchar a Dios, y nuestra existencia se convierte en una búsqueda afanosa de todo tipo de bienes, los cuales privados de su referencia a Dios, en lugar de ennoblecernos nos reducen a la servidumbre y nos hacen violentos.

Los versículos siguientes del capítulo tercero del Génesis pondrán de manifiesto cómo el pecado afectó de manera negativa todas las relaciones del ser humano.

Así, hizo que:

- El ser humano le rehuyera a Dios y perdiera la inocencia originaria en la cual había sido creado. Esto está simbolizado en el darse cuenta de su desnudez.
- La relación originaria de la pareja se lesiona. Comienzan las inculpaciones. Ya no se ven con ojos inocentes, sino con la concupiscencia que tiende a hacer del otro un objeto.
- La relación con la creación se desordena. Al querer disfrutar del paraíso y de la vida sin Dios, el hombre ya no podrá relacionarse adecuadamente con la creación. Aquí tiene todo su sentido el símbolo de la expulsión del paraíso con las advertencias correspondientes.

Y es apenas natural. Si la relación con Dios era la columna vertebral del ser humano, cuando esta falla, todo lo demás se desequilibra.

San Pablo en sus cartas cuando quiere referirse a la fuente de los pecados se refiere a la ambición que engendra toda suerte de violencia a la que no duda en calificar de idolatría. Cuando el ser humano ya no tiene a Dios en su corazón, entonces, trata de llenar el vacío infinito que el deja con toda clase de cosas, experiencias, placeres o incluso personas que se revelan siempre incapaces de colmarlo. Entonces siempre se quiere tener más y experimentar más, hasta llegar en algunos casos a las adicciones y a las obsesiones.

Todo esto, tiene una implicación grave en nuestra vida: si no nos arrepentimos, si no nos convertimos, se frustra el designio de Dios para con nosotros y frustra también, al menos en parte, la realización a través de nosotros de sus designios de salvación para con otros.

¿Cómo vernos libres en Jesucristo de nuestro pecado?

Tomar conciencia de la misericordia de Dios y del pecado como ofensa de la misericordia de Dios. Sólo hay conciencia de pecado si se tiene consciencia de la realidad de Dios. Sólo la persona que ha hecho la experiencia de Dios, que ha reconocido y que reconoce de manera existencial la realidad de Dios en su vida puede darse cuenta del pecado. Las conversiones determinantes, como las decisiones mayores de nuestra vida para la gloria de Dios solamente pueden darse ante el rostro del crucificado. El que ha hecho tanto por mí, puede pedirme todo. No temamos nunca por amor de su nombre desprendernos.

Al contemplar el actuar de Jesús para con los pecadores nos damos cuenta de que el pecado se erradica solamente a base de Reino de Dios, es decir a base de saturación del amor de Dios, a base de perdón y no de reprensión. Pensemos en la parábola del hijo prodigo: el hijo que es restituido plenamente en su condición de hijo simplemente por la fuerza del amor del

padre. Pensemos en la sentencia formidable del lavatorio de María Magdalena: «Esta mujer ama, porque se le ha perdonado mucho» (Lc 7, 47).

Se trata, entonces, de mantener muy viva, en medio de nuestra lucha, la conciencia del amor de Dios que está a nuestro lado no para juzgarnos, sino para tendernos la mano, de vivir la experiencia formidable del perdón de Dios que nos rehace desde adentro, que, como dice bellamente el salmo 50 nos devuelve la alegría de la salvación.

La confianza en la misericordia de Dios debe permitirnos luchar contra el pecado de manera a la vez serena y vigorosa. Nada de lo que hacemos por amor de Dios se perderá. La perfección durante nuestra vida en la tierra no consiste en que no haya fisuras, sino en que a través de todo lo que acontece en nuestra vida, incluso a través de la experiencia de nuestra propia fragilidad lleguemos a ser cada vez más hijos de Dios, a esperarlo todo con confianza de su misericordia.

En un librito muy bueno de Eloi Leclercq (2007), se nos cuenta de un supuesto diálogo entre san Francisco de Asís y uno de sus hermanos que ante la contemplación de la pureza de un manantial se lamentaba de su imperfección:

¡Ah! hermano León; créeme – contestó Francisco – no te preocupes tanto de la pureza de tu alma. Vuelve tu mirada hacia Dios. Admírale. Alégrate de lo que Él es, Él es todo santidad. Dale gracias por Él mismo. Es eso mismo, hermanito, tener puro el corazón. Y cuando te hayas vuelto hacia Dios no vuelvas más sobre ti mismo. No te preguntes en dónde estás respecto de Dios. La tristeza de no ser perfecto y de encontrarse todavía pecador es un sentimiento todavía humano, demasiado humano. Es preciso elevar tu mirada mucho más alto, mucho más alto... Toma un interés vivo y profundo en la vida misma de Dios y su inalterable esplendor y sé capaz, en medio de todas tus miserias, de vibrar con la tierna inocencia de Dios y la eterna alegría de Dios”

El hermano León interrumpe a san Francisco para recordarle que Dios reclama nuestro esfuerzo y nuestra fidelidad. A lo cual, san Francisco responde:

Es verdad. Pero la santidad no es un cumplimiento de sí mismo, ni una plenitud que se da. Es, en primer lugar, un vacío que se descubre y que se acepta, y que Dios viene a llenar en la medida en que uno se abre a su plenitud. Mira, nuestra nada, si se acepta, se hace el espacio libre en que Dios puede crear todavía..." (*Sabiduría de un pobre*, 132).

Finalmente, una lucha eficaz contra el pecado supone identificarlo en su raíz. Darnos cuenta de cual es como la cabeza de nuestros pecados, en ese sentido el pecado capital.

*Canto de transición hacia la oración: Vengo ante ti mi Señor-
Bocas canta u otro semejante*

Pistas para el examen de conciencia

Leer y meditar el salmo 50. (Está en el Cuaderno del Ejercitante)

Hacer un examen de conciencia:

- Reconocer agradecido las llamadas que Dios me está haciendo en este momento de la vida.
- ¿Cuál es la raíz de mis pecados? ¿Cuál el pecado capital que más me afecta? ¿Por qué?
- Pedir perdón por mis pecados, por aquellas cosas en las que no he sido dócil al Espíritu Santo.
- Hacer un acto de fe en el poder de Cristo resucitado para liberarme del pecado.

CELEBRACION PENITENCIAL

Ambientación

Se disminuye la intensidad de la luz

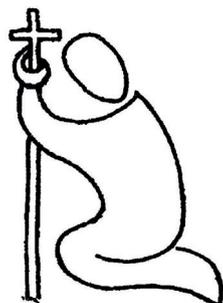
Suena como música de fondo: «Vengo ante ti mi Señor» o algún otro canto penitencial adecuado.

Se encienden algunas lamparillas y se ponen frente a una lámina del cuadro de Rembrandt del Hijo pródigo.

Saludo inicial

Presidente: En el nombre del Padre, y de Hijo y del Espíritu Santo. Amen.

Nos hemos reunido esta tarde para celebrar juntos la misericordia de Dios y acogerla más profundamente en nuestras vidas. Un aspecto esencial del kerigma es la proclamación del amor misericordioso de Dios. El Dios que Jesucristo nos ha revelado es un padre lleno de ternura que nos ama por encima de nuestros pecados y que está siempre dispuesto a recibirnos y a rehacernos en nuestra condición de hijos suyos.



Qué bueno como animadores de la evangelización de nuestra comunidad, poder reconocer juntos nuestra condición de pecadores e implorar sobre nosotros la misericordia divina, con la esperanza de ser discípulos de Jesús más misericordiosos que puedan reflejar en cada uno de sus gestos y palabras el amor tierno y compasivo de nuestro Dios.

Invocación al Espíritu Santo

Presidente: Invoquemos la presencia y la acción del Espíritu Santo. Que sea Él quien abra nuestro corazón para que contemplemos la misericordia infinita de Dios nuestro Padre y haga brotar en nosotros un arrepentimiento sincero y un deseo de corresponder mejor al amor de Dios.

Canto: Ven creador Espíritu o algún otro canto apropiado de invocación al Espíritu Santo

Lectura del Evangelio

Presidente: Escuchemos ahora la lectura del Evangelio del hijo pródigo, o mejor del padre misericordioso. Lc 15,11-32.

Y Jesús dijo: Cierta hombre tenía dos hijos; y el menor de ellos le dijo al padre: «Padre, dame la parte de la hacienda que me corresponde». Y él les repartió sus bienes. No muchos días después, el hijo menor, juntándolo todo, partió a un país lejano, y allí malgastó su hacienda viviendo perdidamente. Cuando lo había gastado todo, vino una gran hambre en aquel país, y comenzó a pasar necesidad. Entonces fue y se acercó a uno de los ciudadanos de aquel país, y él lo mandó a sus campos a apacentar cerdos. Y deseaba llenarse el estómago de las algarrobas que comían los cerdos, pero nadie le daba nada. Entonces, volviendo en sí, dijo: «¡Cuántos de los trabajadores de mi padre tienen pan de sobra, pero yo aquí perezco de hambre!» «Me levantaré e iré a mi padre, y le diré: 'Padre, he pecado contra el cielo y ante ti; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo; hazme como uno de tus trabajadores'». Y levantándose, fue a su padre. Y cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y sintió compasión por él, y corrió, se echó sobre su cuello y lo besó. Y el hijo le dijo: «Padre, he pecado contra el cielo y ante ti; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo.» Pero el padre dijo a sus siervos: «Pronto; traed la mejor ropa y vestidlo, y poned un anillo en su mano y sandalias en los pies; y traed el becerro engordado, matadlo, y comamos y regocijémonos; porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida; estaba perdido y ha sido hallado». Y comenza-



ron a regocijarse. Y su hijo mayor estaba en el campo, y cuando vino y se acercó a la casa, oyó música y danzas. Y llamando a uno de los criados, le preguntó qué era todo aquello. Y él le dijo: «Tu hermano ha venido, y tu padre ha matado el becerro engordado porque lo ha recibido sano y salvo». Entonces él se enojó y no quería entrar. Salió su padre y le rogaba que entrara. Pero respondiendo él, le dijo al padre: «Mira, por tantos años te he servido y nunca he desobedecido ninguna orden tuya, y sin embargo, nunca me has dado un cabrito para regocijarme con mis amigos; pero cuando vino este hijo tuyo, que ha consumido tus bienes con ramerías, mataste para él el becerro engordado». Y él le dijo: «Hijo mío, tú siempre has estado conmigo, y todo lo mío es tuyo» «Pero era necesario hacer fiesta y regocijarnos, porque éste, tu hermano, estaba muerto y ha vuelto a la vida; estaba perdido y ha sido hallado».

Meditación

Presidente: Todos tenemos algo de los diferentes personajes de esta parábola.

Todos somos o hemos sido en algún momento de nuestra vida hijos pródigos. Todos hemos sido hermanos mayores a los que nos cuesta trabajo acoger al hermano que regresa. Y todos hemos sido o debemos ser padres amorosos que tenemos que saber acoger y perdonar.

¿Por qué no probamos en este momento con qué personaje o personajes nos identificamos más en este momento de nuestra vida?

Voz off 1: El hermano menor.

Algunos quizás nos identificamos con el hermano menor. Hemos dejado el hogar del Padre, hemos preferido las criaturas a su amor infinito y pretendemos una autonomía al margen de la obediencia confiada a sus mandamientos. A fuerza de no vivir como pensamos, pudimos terminar pensando como vivimos.

¿Hemos descuidado nuestra vida interior o de oración? ¿Nos hemos apartado conscientemente de los mandatos del Señor? ¿Hemos llegado a poner en tela de juicio las convicciones centrales de nuestra vida? Con todo y que frecuentamos la Iglesia ¿Quizás no la descubrimos más ya como nuestro hogar y la desdeñamos porque pareciera no ofrecernos lo necesario para vivir felices? ¿Quizás hemos abandonado el agua fresca de amor y de la gracia de Dios para abrevarnos en cisternas de aguas estancadas?

Dice Lucas: «**Empezó a pasar necesidad...le entraban ganas de llenarse el estómago de las algarrobas que comían los cerdos**». (Lc 15, 14.16)

¿Hemos experimentado esta sensación de hambre? ¿De vacío interior? ¿De pérdida de la paz y de la alegría verdaderas? ¿Hemos abandonado interiormente la Iglesia, pensando que allende encontraremos más compañía? ¿Las criaturas en lugar de darnos lo que esperábamos nos sumen en la codicia, en los celos y en el desasosiego? ¿Los placeres de este mundo en vez de hartarnos nos dejan más solos y hastiados?

Dice la parábola que el hijo menor decidió levantarse e irse hacia Dios. «**Me pondré en camino a dónde está mi padre**». (Lc 15, 20)

Aunque te sientas atrapado y tus motivaciones no sean todavía las más perfectas, lo que importa ahora es que en el fondo tengas ganas de volver a Dios o de darle el lugar que sólo a Él le corresponde.

Y si es posible te ayudaría mucho que en tu interior pudieras rezar la oración de aquel joven: «**Padre he pecado contra el cielo y contra ti**». (Lc 15, 21)

Se dejan dos minutos de silencio

Luego la misma voz off 1:

Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no merezco

llamarme hijo tuyo. Y, sin embargo, tú me amas y me esperas siempre y estas siempre pronto para acogerme y restituirme en mi condición de hijo tuyo. Tú siempre haces fiesta cuando vuelvo a ti. Padre, gracias por tu amor incondicional, por amarme así como soy. Padre, gracias porque cuando me siento desfallecer bajo el peso de mis culpas, levantó la mirada hacia ti y en tu santidad, en tu ternura y en tu misericordia infinito encuentro siempre fuerzas para levantarme.

Voz off 2: El hermano mayor

Pero es posible que algunos nos identifiquemos más con el hermano mayor. ¿Cuál era su problema? ¿En qué fallaba?

Toda la vida había sido fiel a su padre, había estado a su lado y, sin embargo, no había aprendido a gozar de su amor ni de la libertad que el padre le daba. Estaba con su padre, pero no se había dejado transformar por su amor. Aunque estaba con él no valoraba suficientemente su amor.

Hay personas que habiendo cumplido con sus deberes toda la vida, se vuelven sin embargo, duras y un tanto amargadas y en su interior murmuran: «Nadie reconoce todo lo que he hecho, los sacrificios que he hecho»...

Es la actitud de quien no reconoce como recompensa suficiente y desbordante estar con el Padre y al servicio de su casa.

Es el riesgo de una observancia que en lugar de hacernos misericordiosos como el Padre, nos vuelve jueces implacables de los demás.

Es el drama de quien no se ha ido de la casa y, sin embargo, no vive una relación de amor con Dios y de verdadera libertad.

Es la situación de quien habiendo sido objeto permanentemente de la misericordia de Dios no se ha dejado transformar el corazón por el amor del Padre y se permite ser duro e intransigente con los demás.

Si hay algo de este hijo mayor no dejemos pasar esta ocasión para afrontarlo, aunque nos cueste algo de dolor.

Y ojalá pueda brotar de nosotros una oración como esta: **«Padre, perdóname porque estando tan cerca de ti no he sabido vivir y gozar de tu amor ni de la libertad que tú me das».**

Se dejan dos o tres minutos de silencio

La misma voz off 2:

Padre, perdóname porque estando tan cerca de ti no he sabido vivir y gozar de tu amor y de la libertad que tú me das. Padre, es verdad: con todo y que escucho con frecuencia tu palabra y recibo constantemente tu perdón y tu misericordia, a veces me convierto en juez inclemente de mis hermanos, los desprecio, hablo mal de ellos y los señalo. Al hacerlo olvido que soy un pecador redimido por tu misericordia, que de no ser por tu gracia sería capaz de lo peor. Me parezco entonces a aquel empleado malvado a quien se le perdonó una inmensa deuda y luego mandó a la cárcel a su compañero por una suma irrisoria. Padre, perdóname porque no he dejado que tu misericordia me transforme y cambie mi corazón de piedra en un corazón de carne capaz de perdonar y acoger, de amar incondicionalmente como tú me amas.

Voz off 3: El padre misericordioso

Aquí nos toca a todos en primer lugar reconocernos como destinatarios del amor misericordioso de Dios.

Todos hemos vivido de muchas formas este Evangelio del amor misericordioso de Dios. Él nos creó como seres libres y nos llamó para que viviéramos en la libertad una relación personal de amor y de confianza. Él en su amor infinito nos ha dejado partir, cuando así lo hemos querido, en un respeto profundo por nuestra libertad. Cuando nos hemos extraviado, Él nos ha buscado y nos ha esperado. Él está siempre atento al menor de nuestros gestos de arrepentimiento para abrirnos generoso sus brazos compasivos y llenos de ternura.

Él, cómo al hijo mayor, no cesa de invitarnos pacientemente a ser misericordiosos como Él lo es y lo manifestó por medio de su Hijo. Él a través de su Espíritu continuamente quiere transformar nuestro corazón de piedra en un corazón de carne capaz de amar y de ser compasivo y misericordioso.

Pero cuántas veces quebrantamos esta bella vocación. Cuántas veces en lugar de buscar a quien se aleja o yerra, lo juzgamos con dureza; cuántas veces no somos los brazos abiertos del Padre para acoger; cuántas veces no ayudamos a experimentar a quien se acerca arrepentido, que hay alegría en el cielo por su causa.

Por todo esto, debemos pedir perdón al Señor diciendo: **«Padre, perdóname porque no he sido siempre imagen viva de tu amor compasivo y misericordioso».**

Voz off 3:

Ten piedad de mí, Dios mío, ten piedad, porque mi alma se refugia en ti; yo me refugio a la sombra de tus alas hasta que pase la desgracia invocaré a Dios, el Altísimo, al Dios que lo hace todo por mí: él me enviará la salvación desde el cielo y humillará a los que me atacan. ¡Que Dios envíe su amor y su fidelidad! Yo estoy tendido en medio de leones que devoran con avidez a los hombres; sus dientes son lanzas y flechas, su lengua, una espada afilada. ¡Levántate, Dios, por encima del cielo, y que tu gloria cubra toda la tierra! Ellos tendieron una red a mi paso, para que yo sucumbiera; cavaron una fosa ante mí, pero cayeron en ella. Pausa Mi corazón está firme, Dios mío, mi corazón está firme. Voy a cantar al son de instrumentos: ¡despierta, alma mía! ¡Despierten, arpa y cítara, para que yo despierte a la aurora! Te alabaré en medio de los pueblos, Señor, te cantaré entre las naciones, «porque tu misericordia se eleva hasta el cielo y tu fidelidad hasta las nubes. ¡Levántate, Dios, por encima del cielo, y que tu gloria cubra toda la tierra!» (Salmo 57).

Súplica comunitaria de perdón

Presidente: Reunidos como hermanos, reconozcámonos con humildad pecadores e imploremos la misericordia divina

- Porque no siempre vivimos en el asombro y la alegría ante el don de tu amor (*Lector 1*)

R/ Oh Señor escucha y ten piedad

- Porque a veces te abandonamos a ti, fuente de agua viva (*Lector 2*)
- Por nuestras rigideces e intransigencias con las que hemos escandalizado a los hermanos (*Lector 3*)
- Por nuestra incapacidad para alegrarnos con quien regresa (*Lector 4*)
- Porque no siempre estamos dispuestos a volver a ti de todo corazón y caemos en la tibieza (*Lector 5*)
- Porque nuestra comunidad no es suficientemente acogedora ni libre de prejuicios, porque a veces excluimos con nuestros juicios y actitudes (*Lector 6*).

Presidente: Digamos Juntos el acto de contrición

Yo confieso ante Dios Todopoderoso, y ante vosotros hermanos que he pecado mucho de pensamiento, palabra, obra y omisión. Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa.

Por eso ruego a Santa María siempre Virgen, a los ángeles, a los santos y a vosotros hermanos, que intercedáis por mí ante Dios, Nuestro Señor.

Amén.

Padre nuestro

Presidente: Y ahora, sintiéndonos profundamente solidarios tanto en la gracia como en el pecado, acudamos a nuestro Padre con toda confianza

Padre Nuestro...

Si no hay celebración del sacramento se concluye con la siguiente oración:

Padre rico en misericordia, mira a tus hijos que imploramos confiadamente tu clemencia. Haz que experimentando la dulzura infinita de tu amor, nuestros corazones se renueven, caminemos en santidad y seamos reflejo vivo para todos de tu misericordia. Por Jesucristo nuestro Señor. AMEN.

Sería deseable, que se termine con un canto de acción de gracias motivado por el presidente de la Asamblea. Podría ser una versión del Magnificat.

CHARLA No. 4: EL ANUNCIO DEL REINO Y EL LLAMAMIENTO A LA CONVERSIÓN Y A CREER EN LA BUENA NOTICIA

Adhesión a Jesucristo y a su proyecto del Reino

Durante el proceso de elaboración de nuestro Plan de evangelización establecimos el problema focal que estaba afectando a nuestra Arquidiócesis. La primera parte del problema quedó formulada de la siguiente manera:

La Arquidiócesis de Bogotá, como Pueblo de Dios que peregrina en medio de esta región capital, muestra una débil adhesión a la persona de Jesucristo y a su proyecto del Reino... (*Plan de Evangelización, 2013, 17*)

Cuando se escribió esta frase se discutió si era necesario poner las dos cosas: débil adhesión a la persona de Cristo y a su proyecto del Reino o si era suficiente poner débil adhesión a Jesucristo, puesto que el Reino es indisoluble de su persona, ya que por Él llegó y en Él se encarnó plenamente.

Sin embargo, finalmente se dejaron los dos elementos, habida cuenta del riesgo que siempre existe de una práctica religiosa, incluso cristiana, que se repliegue en el intimismo, es decir, en un vínculo del individuo con Dios que no repercuta ni en las relaciones personales, ni en el entorno social.

La propuesta del Evangelio no es sólo vivir una relación de amor personal a Dios; no es tampoco hacer pequeños gestos dirigidos a algunos individuos necesitados. Veamos lo que dice el Papa al respecto:

La propuesta es el Reino de Dios, se trata de amar a Dios que reina en el mundo. En la medida en que Él logre reinar en nosotros, la vida social será ámbito de fraternidad, de justicia, de paz, de dignidad para todos' (EG 180).

Y también en la *Evangelii Gaudium*, el papa nos dice:

«Tanto el anuncio como la experiencia cristiana tienden a provocar consecuencias sociales» (EG 180).

Además el papa Francisco insiste en que ese reino de Dios está ya presente en el mundo. «Creámosle al Evangelio, que dice que el Reino de Dios ya está presente en el mundo y está desarrollándose aquí y allá, de diversas maneras» (EG 278).

«Él vive entre los ciudadanos promoviendo la solidaridad, la fraternidad, el deseo del bien, de verdad y de justicia. Esta presencia no debe ser fabricada, sino descubierta y desvelada» (EG 71).

La dimensión kerigmática de la evangelización consiste también en poner en evidencia la acción de Dios en los corazones y en la historia, en desvelarla, para que las personas, identificándola, la secunden de modo más consciente y generoso.

El Papa nos recuerda asimismo que «una auténtica fe, que nunca es cómoda e individualista, siempre implica un profundo deseo de cambiar el mundo, de transmitir valores, de dejar algo mejor detrás de nuestro paso por la tierra. Amamos este magnífico planeta donde Dios nos ha puesto, y amamos la humanidad que la habita, con todos sus dramas y cansancios, con sus anhelos y esperanzas, con sus valores y fragilidades. La tierra es nuestra casa común y todos somos hermanos [...]. La Iglesia no puede ni quiere quedarse al margen de la lucha por la justicia. Todos los cristianos, también los pastores, están llamados a preocuparse por la construcción del mundo» (EG 181).

Jesús y el Reino de Dios

Claro está, el reinado de Dios no es simplemente una construcción humana. Es fruto del Señorío del amor de Dios en nuestros corazones.

Cuando Jesús hablaba de este reinado, que fue el tema central de su predicación, se refería a una realidad que Él mismo experimentaba en lo más profundo de su corazón.

Jesús predicó a lo largo de su vida algo de lo cual, Él estaba lleno: el Reino de Dios.

Lo que Jesús busca con su predicación es que los hombres tomen conciencia de la presencia y de la acción del amor de Dios en sus corazones para que se dejen transformar por él.

Las parábolas hablan del Dios que Jesús siente y experimenta en lo profundo de su ser:

- **Dios es como un grano de mostaza (Mt 13, 31-32):** Dios se hace pequeño y actúa discretamente. Y, sin embargo, es capaz de producir cosas grandes en nosotros. Dios vive en el interior y desata la vida divina de forma insensible pero efectiva si permitimos que actúe.
- **Dios es una levadura (Mt 13, 33):** Como un pan viejo que penetra la masa. Así era la levadura en la antigüedad: un poco de pan viejo que se ponía en la masa nueva para fermentarla. Dios lucha por ocupar nuestro ser y transformarlo con la fuerza de su amor. A nosotros nos corresponde hacernos porosos. Dejarnos penetrar por la levadura, asumiendo una actitud de docilidad a la acción del Espíritu Santo.
- Dios es como **una semilla (Mt 13, 3-9)** que es preciso acoger.

El fracaso o el éxito de la siembra dependen de cómo es el terreno donde cae la semilla. Solo los que tienen oído para escuchar acogen la semilla y dan fruto.

Jesús les habla de algo que conocen muy bien. La realidad del campo, pero también la figura del mismo Jesús: salió el sembrador a sembrar. Los campesinos siembran con confianza y así lo hace también Jesús con relación a la palabra de Dios.

Los campesinos del tiempo de Jesús siembran de manera abundante. Así sembraban los campesinos de Galilea para aprovechar bien todas las posibilidades de sus pequeños terrenos.

Incluso en lugares donde parece difícil que la semilla pueda germinar. Jesús también sembró por todas partes, a la gente sencilla del pueblo y a las autoridades... No se desalienta nunca. Sigue sembrando.

Jesús narra detalladamente los diversos escenarios y deja para el final el ideal. Seguramente quienes escuchaban la parábola pudieron llegar a pensar que la siembra iba a fracasar.

Pero otras partes cayeron en tierra buena. La semilla no solo germina, sino que las plantas crecen, se desarrollan y dan fruto: el treinta, el sesenta y hasta el ciento por uno.

La gente empieza a «entender». Jesús siembra como los campesinos. Al sembrar, todos saben que parte de la siembra se puede echar a perder, pero esto no desalienta a nadie: lo importante es la cosecha final. No falta obstáculos y resistencias, pero la semilla sembrada por Jesús dará fruto.

Jesús deja el relato abierto. Algunos podrán tomar conciencia más viva de que Dios está queriendo introducirse en muchas vidas para hacer un mundo nuevo.

Otros podrán contagiarse de la confianza y la seguridad de Jesús: a pesar de las resistencias y rechazos, el Reino de Dios se abrirá camino.

Pero, sin duda, la parábola es ante todo una invitación a acoger esa experiencia nueva, fecunda y sorprendente que Jesús está tratando de contagiar a todos y que Él llama «Reino de Dios». El fracaso de la siembra no se debe al sembrador, sino a las resistencias y obstáculos que la

«semilla del reino» encuentra en los diferentes terrenos.

¿Podemos concretar cuáles son esos obstáculos y resistencias?
Marcos nos ofrece la explicación más adelante.

La originalidad del mensaje de Jesús sobre Dios es ubicarlo dentro del hombre. Antes de la predicación evangélica, Dios estaba siempre sobre o delante del hombre. Jesús nos enseña que Dios está en nosotros.

En la humanidad de Jesús no hay nada que obstaculice la acción de Dios.

- En Él no hay pecado. A mayor limpieza de corazón, mayor capacidad para descubrir a Dios.
- Él por ser el Hijo eterno del Padre hecho hombre es pura disponibilidad para la acción del Espíritu del Padre en su corazón.

La ética del Reino, una nueva forma de habitar la comunidad humana

El Reino de Dios no es simplemente un proyecto humano. En primer lugar brota de la acción transformadora del Espíritu de Cristo resucitado en nuestros corazones y, en segundo lugar, su plena realización se dará más allá de la historia, cuando Cristo se manifieste en gloria y entregue su Reino al Padre celestial.

No obstante, es posible establecer unos valores, una forma de comportarse que es fruto de la acción de Dios en el corazón humano y que puede darse tanto en creyentes, como en no creyentes, en la medida en que unos y otros se dejen tocar por la acción del Espíritu de Dios que la Pascua de Jesús ha derramado sobre toda carne.

Se espera de un verdadero discípulo misionero de Jesús, que consciente del plan de Dios por la revelación, se empeñe sinceramente por vivir estos valores y encuentre en la gracia de Dios que le llega por tantos medios en la Iglesia, la fuerza y la valentía para hacerlo.

Recordémoslos algunas actitudes fundamentales que deben

caracterizar a quienes se abren a Reino de Dios.

En primer lugar, **la ley del amor** que implica la compasión misericordiosa a imagen de la de Jesús y la capacidad de darse en favor de los demás para consolarlos en sus penas y ayudarlos en sus necesidades. El lema del «nuevo rumbo» reza así: «Hoy salimos testigos de la misericordia» y ¿cómo hacerlo sin vivirla? Así pues nuestro lema nos sitúa en el corazón mismo de la ética del Reino y en el polo opuesto de la cultura del descarte y de la indiferencia.

El perdón: «Es el signo más visible del amor de Dios Padre, que Jesús ha querido revelar a lo largo de toda su vida» (Francisco, 2016, Carta Apostólica, *Misericordia et Misera*).

El servicio, en lugar del espíritu de dominación. Jesús mismo decía: «El que quiera ser el primero entre ustedes que se haga el último y el servidor de todos» y el apóstol San Pablo después de proponer como ejemplo de humildad a Jesús nos exhorta: «No hagáis nada por rivalidad ni vanagloria».

La justicia nueva que va más allá de la observancia legal y mira al don total. Una justicia que significa por una parte ajustarse cada día más plenamente al querer de Dios y, por otra, dar a cada uno lo que le corresponde. Mal haríamos en practicar la caridad, dando a los demás de lo que nos pertenece, si no les damos lo que les pertenece, por ejemplo en el campo laboral o en trato respetuoso al que toda persona tiene derecho.

La opción preferencial por los pobres. Una opción que es signo de cómo el Reino es para todos y cómo de él no se pueden excluir los que la sociedad tiende a marginar.

Convertirse y creer en la Buena Noticia

El anuncio del Reino en Jesucristo estuvo ligado a la invitación a la conversión y al acto de creer en la Buena Noticia.

Creer en la Buena Noticia, creer que el reinado del amor de Dios está irrumpiendo en la persona de Jesús, creer, por lo tan-

to, que Él es el enviado de Dios por medio del cual Dios está instaurando la soberanía de su amor en el mundo. Se trata de creer en una Buena Noticia: el mundo no está abandonado a su suerte ni al poder del mal, sino que Dios se acerca para salvarnos en la persona de su Hijo.

Entendemos por «fe en Jesucristo», según el vocabulario bíblico, precisamente esa entrega radical y confiada a Jesucristo como salvador, como el único que le da sentido pleno a nuestra vida y en quien podemos ser liberados de lo que nos oprime y esclaviza.

Es justo reconocer que aunque la palabra «fe» suele emplearse en un sentido genérico, en distintas religiones, tiene un sentido específico en la Biblia, ya que con ella se designa no un conjunto de creencias y de prácticas rituales, sino una relación muy especial de confianza y entrega a Dios. La raíz hebrea «*aman*» significa «ser estable y seguro». De forma similar el verbo griego presente en el Nuevo Testamento, *pisteuein*, mantiene el significado hebreo: la fe es la adhesión total – el amén – del hombre a la palabra definitiva y salvadora de Dios.

Se trata de un acto de confianza no en una doctrina sino en Alguien, en Jesús y en la irrupción por medio de Él, de la salvación de Dios. Esa fe en Jesús, es confianza en que Dios actúa por medio de Él.

Sin embargo, no se trata sólo de creer en Él, sino también de creerle a Él, de creerle a lo que Él nos dice de parte de Dios, creer que sus exigencias y sus bienaventuranzas son el camino de nuestra plena realización. Y atrevemos a vivir de acuerdo a su enseñanza.

«Creer en la Buena Noticia» no se puede separar de la conversión, entendida como cambio de mentalidad y como cambio de vida. Hay que comenzar a ver las cosas con la mirada de Jesús, hacernos a la mente de Cristo, a su manera de ver y de juzgar la realidad.

El motivo de la conversión no es el temor de Dios, sino el descubri-

miento de la bondad misericordiosa de Dios manifestada en Jesús.

Jesús llegaba hacia los que tenían necesidad de cambiar de vida con su presencia amable, para envolver a cada uno en la historia de salvación. De esta manera, Jesús «tocaba en lo profundo del corazón de las personas y ellas se sentían atraídas por el amor de Dios y los animaba a cambiar de vida» (Cf. Francisco, la catequesis de la nueva Audiencia Jubilar, 18 de junio de 2016).

Esta primera conversión es cristo-céntrica, apunta a Jesucristo y precede en el tiempo y en proceso a la segunda conversión, la moral, o cambio de vida.

Esta fe inicial, sin embargo, contiene de modo germinal todos los elementos esenciales de la fe (el aspecto del conocimiento y el aspecto del comportamiento).

Esta fe inicial debe desarrollarse e ir paulatinamente cultivando las diversas dimensiones de la fe auténtica en el Señor Jesucristo.

Consiste en volverse por entero a Dios manifestado en Jesucristo. En ese sentido es un cambio de dirección en nuestra vida, un sustraernos de las lógicas mundanas para adentrarnos en la lógica del Reino de cielos.

Esto supone tomar una distancia crítica frente a lógicas mundanas, frente a las lógicas del poder, del enriquecimiento a toda costa. Frente a las lógicas del odio, de la violencia y del hedonismo.

Es un camino que no termina nunca. Siempre debemos volvernos a Dios. Siempre debemos poner por entero nuestra confianza en Cristo y aférranos a Él como nuestro único salvador. Siempre debemos recorrer el camino que Él nos ha trazado para dirigirnos a Dios.

Conviene decirlo, porque Dios es el sentido último de nuestras vidas, pero puede no serlo en la práctica. No podemos ignorar

que hay evangelizadores –también consagrados– que no están muy convencidos del amor que Dios les tiene, o que escapan de su presencia. Les gustan algunas tareas, y discutir acerca de cuestiones pastorales o teológicas, pero viven todo eso al margen de su relación personal con Dios como sentido último de sus vidas. O han perdido la confianza en un Dios capaz de intervenir en la historia y dejan de acudir a Él. O, inmersos acríticamente en el consumo de ofertas de bienestar, en la práctica terminan dispersos, perdiendo el interés por responder mejor al amor de Dios con la propia existencia. La figura de Jesús les resulta atractiva pero se ha debilitado el sentido trascendente de la propia vida. Por lo tanto, la invitación a volver a Dios nunca es superflua.

Canto de transición hacia la oración: Padre me abandono en tus manos-Yuli y Josh u otro semejante.

Pautas para la oración personal

Reflexionar a partir de las siguientes preguntas:



- ¿Cómo he respondido a la invitación del Señor a creer en la Buena Nueva y a convertirme? ¿Siento la necesidad de convertirme cada día más a Dios?
- ¿Mi fe incide en mi manera concreta de vivir y de relacionarme con los demás?
- ¿Mi seguimiento de Jesucristo se manifiesta en mi comportamiento en medio de mi ciudad, de mi país? ¿Ser cristiano me ha hecho mejor ciudadano?

Meditar la parábola del sembrador (Mt. 13, 1-9) y preguntarse: ¿de las dificultades señaladas por Jesús para que la palabra Reino produzca su efecto, cuál me concierne más a mí? ¿Por qué?

¿En qué aspectos de mi vida descubro que la semilla del Reino está produciendo fruto abundante en mí?

Escribir una oración en la que en presencia de Jesús, renueve tu adhesión a Él y a su proyecto del Reino.

CHARLA No. 5: EL CORAZÓN DEL KERIGMA LA PASCUA DE JESÚS, ÉL ESTÁ VIVO Y NOS SALVA

El corazón del primer anuncio es presentar a Jesucristo como una persona viva y activa que tiene la capacidad de aportar a quien lo acoge, la salvación, es decir, la curación de raíz de todo lo que nos aliena y esclaviza y el don de una vida plena y perdurable con Dios que comienza en esta tierra y llegará a su plenitud en el cielo.

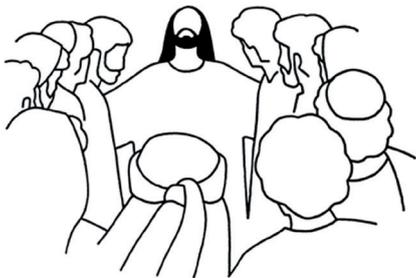
El evangelizador presenta a Jesús como alguien que superó la barrera de la muerte y cuya acción salvadora ha experimentado en su propia vida.

Al interlocutor de este anuncio le queda la alternativa de confiarse a la persona del Señor Jesucristo y de abandonar en Él toda su esperanza de salvación o, por el contrario, de cerrarse al mensaje.

La pascua como acontecimiento salvador

Esa acción salvadora de Jesucristo tiene su fuente en el hecho de que Jesús al entregarse a la muerte afrontó la raíz de todos nuestros pecados: la rebeldía con relación a Dios. Él derrotó con su obediencia hasta la muerte al demonio que nos tenía cautivos por el temor a la muerte (Cf. Heb 2). Con su obediencia humana de Hijo se confió y se entregó hasta la muerte. Por esto nos abrió las puertas del paraíso que la desobediencia de Adán y la de todos los que vinimos después de él nos había cerrado.

Jesús en la cruz recogió todos nuestros pecados y los aniquiló con el poder de su amor.



Lo que significó la resurrección para Jesús

Mediante la resurrección, el Padre confirmó de manera inequívoca que el camino que Jesucristo nos había señalado para llegar a Él es el camino verdadero.

La Pascua significa «tránsito», «paso» y para Jesús significó la hora de volver a su Padre de donde había salido. Llegar a contemplar al Padre celestial con su humanidad glorificada. Durante su vida terrena Jesús vivió para el Padre y su anhelo más profundo era volver a Él.

Para Jesús la resurrección significó también entrar en las condiciones de vida desde siempre queridas por Dios para nosotros, una vida más allá de la muerte, un mundo en el que ya no hay más lágrimas, ni dolor, ni sufrimiento, ni muerte.

Pero significó además quedar plenamente colmado en su humanidad del Espíritu Santo como el Ungido, como Aquel que puede comunicarnos a nosotros el Espíritu, porque lo posee sin medida.

Meditemos ahora en dos pasajes relativos a la Pascua que nos pueden ayudar a adentrarnos en este misterio de amor, de luz y de vida que es la muerte y la resurrección de Jesucristo

La tumba vacía y el mensaje de ángel (Mc 16,1-8):

Pasado el sábado, María Magdalena, María la de Santiago y Salomé compraron aromas para ir a embalsamarlo. Y muy de madrugada, el primer día de la semana, a la salida del sol, fueron al sepulcro. Se decían unas a otras: «¿Quién nos retirará la piedra de la puerta del sepulcro?». Pero, al alzar la mirada, vieron que la piedra estaba ya retirada; y eso que era muy grande. Al entrar en el sepulcro, vieron a un joven sentado en el lado derecho, vestido con una túnica blanca, y se asustaron. Pero él les dijo: «No os asustéis; sé que buscáis a Jesús de Nazaret, el Crucificado. Pero ha resucitado, ya no está aquí. Ved el lugar donde lo pusieron. Id, sin embargo, a decir a sus discípulos y a Pedro que irá delante

de vosotros a Galilea; allí lo veréis, como os dijo». Ellas salieron huyendo del sepulcro, pues un gran temblor y espanto se había apoderado de ellas. Y no dijeron nada a nadie, porque tenían miedo...

Comencemos por pensar quiénes reciben la primicia de la resurrección del Señor.

María de Magdala persona que llegó a amar mucho al Señor, porque mucho se le perdonó, María la de Santiago, María la de Salomé. Mujeres discípulas que han seguido a Jesús por los caminos de Galilea, junto con otros discípulos y discípulas y que se mantuvieron fieles hasta el final. Al llegar el momento de la ejecución de Jesús no han huido cobardemente como los varones. Han contemplado angustiadas cómo los soldados romanos crucificaban a su querido Jesús. Han observado también dónde lo han sepultado y conciben el proyecto de ir al sepulcro, embalsamar su cuerpo y tener así, un último gesto de cariño y lealtad, aunque podía parecer absurdo, pues ya había pasado tiempo desde su muerte. Pero así es el amor. Todo se hace con tal de expresar lo que hay en el corazón.

El amor por el Señor Jesús es un signo de la autenticidad de estas personas de cara a Dios y este amor las hizo sensibles para captar los signos de la resurrección. Fijémonos, por ejemplo, cómo el Señor no se le aparece a Poncio Pilato, sino a quienes se habían empeñado en su seguimiento, aun con limitaciones.

Ellas habían descubierto, como tantos otros personajes del Evangelio, que sólo en Jesús tenían la salvación. Y por eso se aferran a Él. María Magdalena estará presente bajo la cruz, junto con la madre de Jesús.

Hay en este relato unos detalles que son muy elocuentes:

Iban comentando: «¿Quién nos retirará la piedra del sepulcro?» Y cuando llegan observan que la piedra ya estaba retirada. El evangelista acota: «y eso que era muy grande». Esta piedra simboliza todos los límites a los que nos enfrentamos,

particularmente ese límite que parece totalmente insalvable desde nuestra orilla: el límite de la muerte.

¿Será que la muerte puede ser vencida? ¿Será que el sepulcro no es nuestro final definitivo? Ciertamente no puede ser cosa de hombres, la piedra es muy grande. ¿Será que Dios ha intervenido para resucitar a Jesús de entre los muertos?

No hay nada más grande que el poder de Jesucristo resucitado. La fuerza del resucitado es superior a todos nuestros límites y flaquezas. No hay nada que nos oprima y esclavice que no haya sido vencido con su entrega amorosa por nosotros hasta la muerte.

La sorpresa y el sobresalto crecen todavía más cuando al entrar al sepulcro «ven a un joven sentado a la derecha vestido con una túnica blanca».

Es un mensajero enviado por Dios, pero está descrito con rasgos que hablan todos ellos de vida y de resurrección. Es un «joven», está en la flor de la vida. Está «sentado» irradiando seguridad y autoridad. Está en la parte «derecha», lugar que promete la dicha. Viste una túnica blanca, color que simboliza la vida gloriosa de Dios. Por la resurrección de Jesús se nos ha abierto la plenitud de vida, de la felicidad y de la paz. Y esa vida está ya presente, puede renovar en profundidad nuestra existencia y la puede transfigurar. Es impresionante la frecuencia con la que en los evangelios y en las cartas aparece la expresión: nueva alianza, nuevo mandamiento, nueva vida...

Las mujeres se asustan, pues donde ellas esperaban encontrar un cadáver solo ven signos de vida, juventud, luz blanca... ¿Estará Jesús vivo, resucitado a la vida de Dios, sentado a la derecha del Padre?

El joven las tranquiliza y les dice: «No os asustéis». No hay más saludos ni palabras que puedan distraer a las mujeres. El enviado de Dios les anuncia directamente su mensaje: ¿Buscáis a Jesús de Nazaret, el crucificado? Es un error buscarlo

en el mundo de la muerte. Jesús no es un difunto más. No es el momento de rendirle homenajes ni de llorarlo, recordando piadosamente su vida admirable. Finalmente el joven les dice: «Ha resucitado. No está aquí»

Lo mismo nos dice a nosotros el evangelista: Jesús no es un personaje del pasado. Él vive y, como ser viviente, camina delante de nosotros; nos llama a seguirlo a Él, el viviente, y a encontrar así también nosotros el camino de la vida.

Jesús está vivo para siempre. Nunca podrá ser encontrado en el mundo de lo muerto, de lo inerte, de lo extinguido...Mirad el lugar donde lo pusieron, les dice el mensajero como para que graben en su corazón ésta «ausencia». No está donde sus adversarios lo depositaron. «Ha resucitado». El crucificado está vivo. El Padre lo ha resucitado.

La resurrección no fue la reanimación de un cadáver para que volviera al mundo de lo caduco. Es un salto cualitativo, una verdadera mutación, la más grande mutación acaecida en el universo. Por ella Jesucristo, el aferrado desde siempre al autor de la vida, al Padre, es introducido en un mundo nuevo e introduce desde ya nuestro mundo en la novedad de la vida.

El joven desea confiarles un encargo a estas mujeres tan fieles a Jesús. Han de salir de aquel lugar para comunicar «a los discípulos y a Pedro» algo sumamente importante: «Él va delante de vosotros a Galilea. Allí lo veréis, tal como os lo dijo» (Mt 28,7).

Sin duda el mensaje encierra un significado más profundo que el puramente geográfico. En Galilea se escuchó por primera vez con toda su pureza y su fuerza la Buena Nueva de Dios y de la irrupción de su reinado. Si no volvemos a escucharlo con corazón sencillo y abierto, no podremos experimentar que Él está vivo a nuestro lado, y que puede con el poder de su espíritu, vivificarnos.

Es a través de la escucha de su voz en el Evangelio, es en la vida de la comunidad que se reúne en su nombre, es en el

esfuerzo por llevar a la práctica el programa de las bienaventuranzas, que lo descubriremos vivo y precediéndonos siempre por los caminos de nuestra vida.

Ir a Galilea tras el Resucitado es ir siempre caminando. No nos podemos detener ni quedarnos mirando al pasado, pues «Él va por delante» (Mt 28,7).

El signo del jardín (Jn 20, 11 - 18):

María se había quedado llorando fuera, junto al sepulcro. Mientras lloraba se inclinó para mirar dentro y vio a dos ángeles vestidos de blanco, sentados donde había estado el cuerpo de Jesús, uno a la cabecera y el otro a los pies. Le dijeron: «Mujer, ¿por qué lloras?» Les respondió: «Porque se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto».



Dicho esto, se dio vuelta y vio a Jesús allí, de pie, pero no sabía que era Jesús. Jesús le dijo: «Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?» Ella creyó que era el cuidador del huerto y le contestó: «Señor, si tú lo has llevado, dime dónde lo han puesto, y yo me lo llevaré».

Jesús le dijo: «María». Ella se dio la vuelta y le dijo: «Rabboní», que quiere decir «Maestro». Jesús le dijo: «Suéltame, pues aún no he subido al Padre. Pero vete donde mis hermanos y díles: Subo a mi Padre, que es Padre de ustedes; a mi Dios, que es Dios de ustedes»

María Magdalena se fue y dijo a los discípulos: «He visto al Señor y me ha dicho esto»

Según Benedicto XVI, «la historia de María de Magdala recuerda a todos una verdad fundamental: discípulo de Cristo es quien, en la experiencia de la debilidad humana, ha tenido la humildad de pedirle ayuda, ha sido curado por Él, y le ha seguido de cerca, convirtiéndose en testigo de la potencia de

su amor misericordioso, que es más fuerte que el pecado y la muerte». (Benedicto XVI, 23 de julio de 2006).

Jesús había dejado una huella profunda en el alma de María Magdalena. Por eso lo llora y los ángeles le preguntan «¿Por qué lloras?»

Hoy también a nosotros se nos pregunta: ¿Por qué lloras? ¿Cuáles son tus pérdidas? ¿Qué buscas?

Hay un signo definitivo para que opere el reconocimiento: Jesús llama por su nombre a María y al hacerlo lo descubre en su identidad más profunda. Nuestra identidad es relacional. Sólo en el encuentro con Jesús, con su persona y con su manera de vivir, descubrimos lo que realmente anhelamos y queremos.

También nosotros lo hemos vivido de una o de otra manera. Sólo delante de Jesús sabemos quiénes somos y cuál es nuestro querer más profundo. En Él encontramos lo que anhelamos y buscamos. ¡Cuántas veces en la oración, en momentos de debilidad o de sincera disponibilidad ante la gracia de Dios no hemos vuelto a la verdad profunda de nuestro ser!

En el encuentro con Jesucristo resucitado nos comprendemos en la dinámica profunda de nuestro deseo. Descubrimos que nuestros anhelos de vida plena y perdurable, de felicidad sin sombra, no son veleidades, sino el revés de la única promesa que le hace justicia a nuestro ser: «Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque muera vivirá» (Jn 11,25).

Al mismo tiempo, la Pascua de Jesús, su camino al Padre a través de la auto-entrega total de su ser, nos recuerda el camino que nos conduce a la plenitud de la vida: el camino del amor, de la donación sin reservas.

Por el contrario, cuando nos alejamos de Cristo nos perdemos, nos desconocemos, ya no sabemos lo que queremos ni quienes somos. Nos llenamos de confusión y el miedo y la codicia se apoderan de nuestro corazón.

Un testigo de Jesucristo es una persona en cuyo encuentro sentimos que nos descubrimos en la verdad profunda de nuestro ser, es una persona en cuya relación nos sentimos acogidos tal y cómo somos.

María Magdalena es enviada como testigo de la resurrección. La fe madura y se perfecciona cuando se comunica, nos decía el papa Juan Pablo II al inicio de la *Redemptoris missio*.

En el acontecer del anuncio kerigmático, la fe del que anuncia se fortalece al invitar a otra persona a creer en el Señor, a invocar el poder de su nombre y a hacerle entrega de la propia vida.

Hay al final del relato de los discípulos de Emaús una bella imagen de lo que es la Iglesia en su ser más profundo: la comunidad de quienes se anuncian mutuamente la gozosa verdad de la resurrección de Jesucristo. Es verdad. Ha resucitado. María Magdalena cuando llega también anuncia: «He visto al Señor» (Jn 20, 18).

Canto de transición hacia la oración:

Secuencia de Pascua-Pascua joven



Pautas para la oración personal

Quedarse en silencio dispuestos a oír la voz de Jesús que dice nuestro nombre. Esto puede estar precedido de una súplica humilde: Jesús, haz que pueda escuchar cómo pronuncias mi nombre.

Hacerse las siguientes preguntas:

- ¿Dónde busco a Jesús resucitado? ¿En el mundo de lo muerto? ¿De una religión apagada? ¿En una fe rutinaria? ¿En el cumplimiento de la letra? ¿Acaso incluso en mi egoísmo que ahoga la vida?

- ¿Estoy dispuesto a comenzar de nuevo mi seguimiento de Jesús para experimentar cómo Él me precede y me vivifica siempre que me pongo en camino tras sus huellas?

Hacer un acto de entrega de las pérdidas, las heridas y los miedos que llevamos en el corazón, a Jesucristo.

Testimonio

Una persona da su testimonio acerca de cómo fue encontrado por el Señor y de lo que este encuentro ha significado para su vida.

Conviene recomendarle a quien hará el testimonio que se ciña al horario y que trate el tema que se le pide y que en lo posible haga referencias al contenido de la charla anterior.

Puesta en común

¿Qué me tocó más del testimonio?

¿Qué signos de la presencia del Señor resucitado descubrimos en nuestra vida personal y comunitaria? ¿En nuestra Arquidiócesis? ¿En la Iglesia universal? ¿En nuestro mundo?



CHARLA No. 6: LA VIDA NUEVA EN EL ESPÍRITU

En la meditación anterior considerábamos cómo Cristo con su pascua nos alcanzó el don de una vida nueva; una vida que se comienza ya desde esta tierra y a la cual accederemos plenamente después de nuestra muerte.

Esta vida nueva, esta transformación radical de nuestra existencia es fruto en nosotros de la presencia y de la acción del Espíritu de Jesucristo resucitado en nuestros corazones.

Vamos ahora a considerar, para concluir este retiro, en qué consiste esa vida nueva que Cristo nos alcanzó con su muerte y que el Espíritu Santo suscita y promueve continuamente.

En primer lugar esa vida nueva consiste en una nueva relación con las personas divinas que nos van transformando a imagen de la misma vida de Dios.

Con respecto del Padre, la vida nueva consiste en la filiación divina: la posibilidad maravillosa que nos da Jesús de participar de su relación de amor con el Padre celestial, esto es, de ser amados por el Padre con el mismo amor con que ama a su Hijo desde la eternidad y de corresponder a este amor con el mismo amor con que Jesús lo hizo.

Esa respuesta de amor consiste fundamentalmente en vivir continuamente en la admiración y en la alabanza frente al amor del Padre y en imitar la misericordia y la generosidad del Padre celestial.

El Espíritu Santo también nos pone en relación con Jesucristo resucitado y hace posible nuestra amistad con Él. Esa amistad se nutre de la conciencia de haber sido amados por Él hasta el punto de dar su vida por todos y por cada uno y se manifiesta en un diálogo continuo de amor con Él que nos conduce a guardar la palabra de Jesús como norma viva de nuestras decisiones y acciones.

Con relación al mismo Espíritu Santo, Él hace de nosotros templos suyos y para que pueda realizar su obra en nosotros, de-

bemos ser dóciles a sus llamados interiores, a aquello que en la tradición de la Iglesia ha recibido diversos nombres: mociones, inspiraciones, toques, etc.

Nuestra relación con las personas divinas se vive con singular intensidad en la oración y en la participación en los sacramentos.

La oración cristiana se entiende como un diálogo de amor con las personas divinas. En ese diálogo la Palabra del Señor ocupa el lugar primordial. La lectura meditada y orante de la Sagrada Escritura que nos permite mantenernos unidos al Señor: «Si permanecen unidos a mí y mis palabras permanecen en ustedes, pidan lo que quieran y lo tendrán» (Jn 15, 7). Para comprender la Escritura y orar a partir de ella necesitamos siempre de la luz del Espíritu que acompañó la redacción de los textos sagrados.

Además también podemos orar a partir de las llamadas interiores que el Señor nos hace. Esa es la finalidad en concreto del examen de conciencia. Ayudarnos a recuperar las llamadas que el Espíritu Santo nos hizo a lo largo del día, en primer lugar para agradecerlas a Dios y luego para pedirle perdón por aquello que hicimos contrario al querer de Dios. Esta recuperación se da haciendo memoria de lo que el Espíritu me dijo a través de la lectura meditada y orante de la Palabra, pero también a través de los distintos acontecimientos del día.

En los sacramentos, el Espíritu Santo actúa para comunicárenos y hacernos partícipes de la vida de Dios y para abrir nuestros corazones a la presencia y a la acción del Padre y del Hijo. Así, por ejemplo en la Eucaristía, antes de la consagración, invocamos al Espíritu Santo, para que Él en respuesta a las oraciones de la Iglesia y por su poder, el pan y el vino se conviertan en el cuerpo y la sangre de Jesucristo. Y una vez el Señor Resucitado está presente le suplicamos al Padre que nos conceda su Espíritu para que vivamos en la unidad.

Además el Espíritu Santo está presente en nuestros corazones para darnos un corazón misericordioso como el del Padre, es decir, un corazón capaz de conmoverse ante los dramas y su-

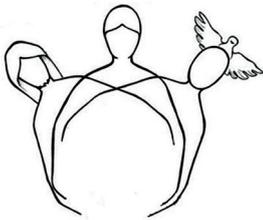
frimientos de los demás y de inclinarse para escuchar y para prestar una ayuda efectiva.

Este mismo Espíritu crea entre nosotros relaciones nuevas de fraternidad y de comunión. La comunión es la unidad que hace posible el Espíritu en la medida en que Él, sin dejar de ser uno, está en todos nosotros.

Como es el Espíritu del amor, su acción nos ayuda a vivir en el amor a imagen del amor de Cristo. Él nos impulsa a salir de nosotros mismos para darnos con mayor generosidad a los demás.

Él genera la comunidad cristiana que es el ámbito donde la vida de Cristo nos alcanza y nos transforma.

Si quisiéramos reunir todo esto en una sola palabra tendríamos que decir que Él habita en nuestros corazones para hacernos santos, esto es, para hacernos capaces de pensar, de sentir y



de actuar a la manera de Dios y la manera de ser de Dios es la comunión, es decir, vivir en función del otro y no de sí mismo. Vivir no ya para nosotros mismos sino para gloria de Dios y para el bien de los demás. Esto es lo contrario del individualismo que repliega a las personas sobre sí mismas y las hace pensar que la

independencia y la autonomía son valores absolutos, olvidando que la libertad tiene su razón de ser cuando se manifiesta en el amor y en el compromiso.

Si le permitimos al Espíritu Santo obrar, experimentaremos en nuestra vida sus frutos: caridad, gozo, paz, paciencia, longanimidad, bondad, benignidad, mansedumbre, fidelidad, modestia, continencia, castidad. (Cf. Ga 5,22.23).

Además si somos dóciles al Espíritu Santo nuestra acción evangelizadora será más fructuosa. El papa Paulo VI en la *Evangelii Nuntiandi* nos advirtió: «El mundo de hoy, más que de maestros tiene necesidad de testigos».

El estilo de vida, nuestra manera concreta de vivir es importante como medio de evangelización. En el fondo, la evangelización se realiza por contagio: hay que vivir en medio de los hombres según la ley fundamental de la encarnación, pero no basta vivir en medio de ellos, es necesario vivir en medio de ellos para traducir nuestra fe en una cultura, en una forma concreta de vida que sea capaz de interrogar la vida de los seres humanos y de descubrirles la belleza y la profundidad de una vida vivida enteramente en el Señor. No se trata evidentemente de asumir una postura rígida ni de distanciarnos de todo aquello que es bueno y que es manifestación del ingenio humano.

Este estilo de vida debe impregnar la vida de nuestras comunidades cristianas para que sean atrayentes y reflejen la vida de Cristo y para que sean ámbitos acogedores donde las personas no se sientan juzgadas, ni discriminadas, sino por el contrario amadas, escuchadas, comprendidas y servidas con amor. Comunidades que sean alternativas frente al individualismo y la anticultura del descarte; comunidades en las que brille la fuerza transformadora del amor de Dios en medio de nuestro mundo.

Canto de transición hacia la oración: Pascua joven 2016- Vida en abundancia u otro semejante

Oración Guiada

Ambientación:

- *Se dispone el lugar para vivir un momento celebrativo. Se puede disminuir la intensidad de la luz y encender cirios entorno a una imagen de Jesucristo.*

- *Se invita a los participantes a disponerse para este momento. Que se sienten relajadamente en una postura sencilla que facilite la oración y dispongan el pensamiento y la voluntad para hacer consciencia de la presencia de Dios en el lugar.*

Canto: «Ven, Espíritu Ven, y lléname de Señor, de tu preciosa unción» o semejante

Invocación al Espíritu Santo

Animador:

Próximos a concluir esta experiencia de reencuentro con Jesús, invoquemos la presencia del Espíritu Santo para que venga en nuestra ayuda, nos fortalezca y dé perseverancia en la vida nueva que el Señor nos ha comunicado.

Canto: «El Espíritu de Dios está en éste lugar...» o semejante

Comentador:

- Jesús se puso de pie y exclamó: «Si alguno tiene sed, venga a mí; y beba quien crea en mí. Así dice la Escritura: De sus entrañas brotarán ríos de agua viva. Esto lo decía refiriéndose al Espíritu que iban a recibir los que creyeran en él. (Jn 7,37-39)

Canto: «El Espíritu de Dios está en éste lugar...» o semejante

- Jesús le respondió: «Si alguno me ama, cumplirá mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él y habitaremos en él. Quien no me ama no cumple mis palabras, y la palabra que ustedes oyeron no es mía, sino del Padre que me envió. Les he dicho estas cosas mientras estoy con ustedes. Pero el Defensor, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, les enseñará todo y les recordará todo lo que yo les he dicho. (Jn 14,23-26)

Canto: «El Espíritu de Dios está en éste lugar...» o semejante

- Respondió Jesús: Te aseguro que, si uno no nace del agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. De la carne nace carne, del Espíritu nace espíritu. No te extrañes si te he dicho que hay que nacer de nuevo. El viento sopla hacia donde quiere: oyes su rumor; pero no sabes de dónde viene, ni adónde va. Así sucede con todo aquel que es nacido del Espíritu". (Jn 3,5-8)

Canto: «El Espíritu de Dios está en éste lugar...» o semejante

Animador: Oremos todos juntos:

Oh Espíritu Santo,
Amor del Padre, y del Hijo,
Inspírame siempre
lo que debo pensar,
lo que debo decir,
cómo debo decirlo,
lo que debo callar,
cómo debo actuar,
lo que debo hacer,
para gloria de Dios,
bien de las almas
y mi propia Santificación.

Espíritu Santo,
Dame agudeza para entender,
capacidad para retener,
método y facultad para aprender,
sutileza para interpretar,
gracia y eficacia para hablar.

Dame acierto al empezar
dirección al progresar
y perfección al acabar.
Amén.

Cardenal Verdier

Animador:

Nadie puede decir: «¡Jesús es Señor!», si no lo hace movido por el Espíritu Santo. (1Cor 12,3) El Espíritu Santo hace posible nuestra amistad con Jesucristo resucitado y nos permite proclamarlo como nuestro salvador y «maestro». El Espíritu Santo, que obra en nuestro corazón, nos hace misericordiosos como el Padre, capaces de conmovernos ante los sufrimientos de los demás. Por esto, digamos juntos:

- *Espíritu de Dios, concédeme la gracia, aquí y ahora de reconocer y aceptar a Jesús como mi Señor y Salvador; con el pensamiento, con mi consciencia, mi voluntad, mi alma, mi espíritu y todo mi ser.*
- *Espíritu Santo, quédate en mi corazón para que pueda reconocer al hermano que sufre, escuchar sus clamores y ser misericordioso con él como mi Padre del Cielo.*
- *Espíritu Santo dame la gracia de aprender a amar a mi Iglesia y a poner mis cualidades al servicio de la comunidad.*
- *Espíritu Santo afina mi entendimiento y mis sentidos para que pueda escuchar, ofrecer una voz de aliento, caminar con los demás y ser la sal y la luz que mi ciudad (municipio) necesita.*

Renovación de las promesas bautismales

Animador

Movidos por el Espíritu Santo que hemos invocado y como fruto del retiro que hemos vivido, renovemos nuestras promesas bautismales y entregemos una vez más nuestra vida al Señor:

- ¿Renuncian al pecado, para vivir en la libertad de los hijos de Dios?

R/. Sí, renuncio.

- ¿Renuncian a las tentaciones del mal, para que el pecado no los esclavice?

R/. Sí, renuncio.

- ¿Renuncian a Satanás, fuente y autor del pecado?

R/. Sí, renuncio.

¿Creen en Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, y quien nos ama misericordiosamente?

R/. Sí, creo.

¿Creen en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor, que nació de Santa María Virgen, murió, fue sepultado, resucitó de entre los muertos y está sentado a la derecha del Padre?

R/. Sí, creo.

¿Creen en el Espíritu Santo, en la Santa Iglesia Católica, en la comunión de los Santos, en el perdón de los pecados, en la resurrección de los muertos y en la vida eterna?

R/. Sí, creo.

Digamos entonces: Esta es nuestra fe, esta es la fe de nuestra madre la Iglesia, que con alegría profesamos en Jesucristo nuestro Señor.

R/. Amén.

El Espíritu Santo habita en nuestros corazones para renovar nuestra vida a través de sus frutos y sus dones y darnos la posibilidad de construir comunidad, de vivir no sólo para nosotros, inmersos en el individualismo, sino de frente a los demás, como verdaderos hijos de Dios. Por eso nos atrevemos a decir:

Padre Nuestro...

Canto: «Cuando el pueblo alaba a Dios suceden cosas» o semejante

Animador:

Dios, que has instruido los corazones de los fieles con la luz del Espíritu Santo, concédenos que animados por el mismo Espíritu, podamos discernir lo que es recto y gozar siempre de su consuelo. Por nuestro Señor Jesucristo. Amén.

El Señor nos bendiga, nos guarde de todo mal y nos lleva a la vida eterna. Amén.

Testimonio: Una pareja

Presentación del vídeo del tapiz de la misericordia como síntesis del kerigma y del retiro

Eucaristía de clausura

Bibliografía

- Arquidiócesis de Bogotá (2013) Plan de Evangelización, Doc. No. 4.2013 Bogotá: Vicaría de evangelización.
- Benedicto XVI (2007), Homilía del 1 de diciembre de 2007.
- _____ (2011), Ángelus del 27 de marzo de 2011.
- _____ (2013) Audiencia general del 27 de febrero de 2013.
- Eloi. Leclerq (2007) Sabiduría de un pobre. Madrid: Encuentro.
- Francisco (2013) Exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*.
- _____ (2016) Carta Apostólica *Misericordia et Misera*.
- Juan Pablo II (1990) Carta encíclica *Redemptoris misio*.
- _____ (2005) Memoria e identidad: conversaciones al filo de dos milenios. Madrid: La esfera de los libros.
- Leclerq, Benedicto XVI, Homilía del 1 de diciembre de 2007
- Paulo VI (1975) Exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi*.
- Teresa de Calcuta (s.f.) Oración: Tengo sed de ti.

